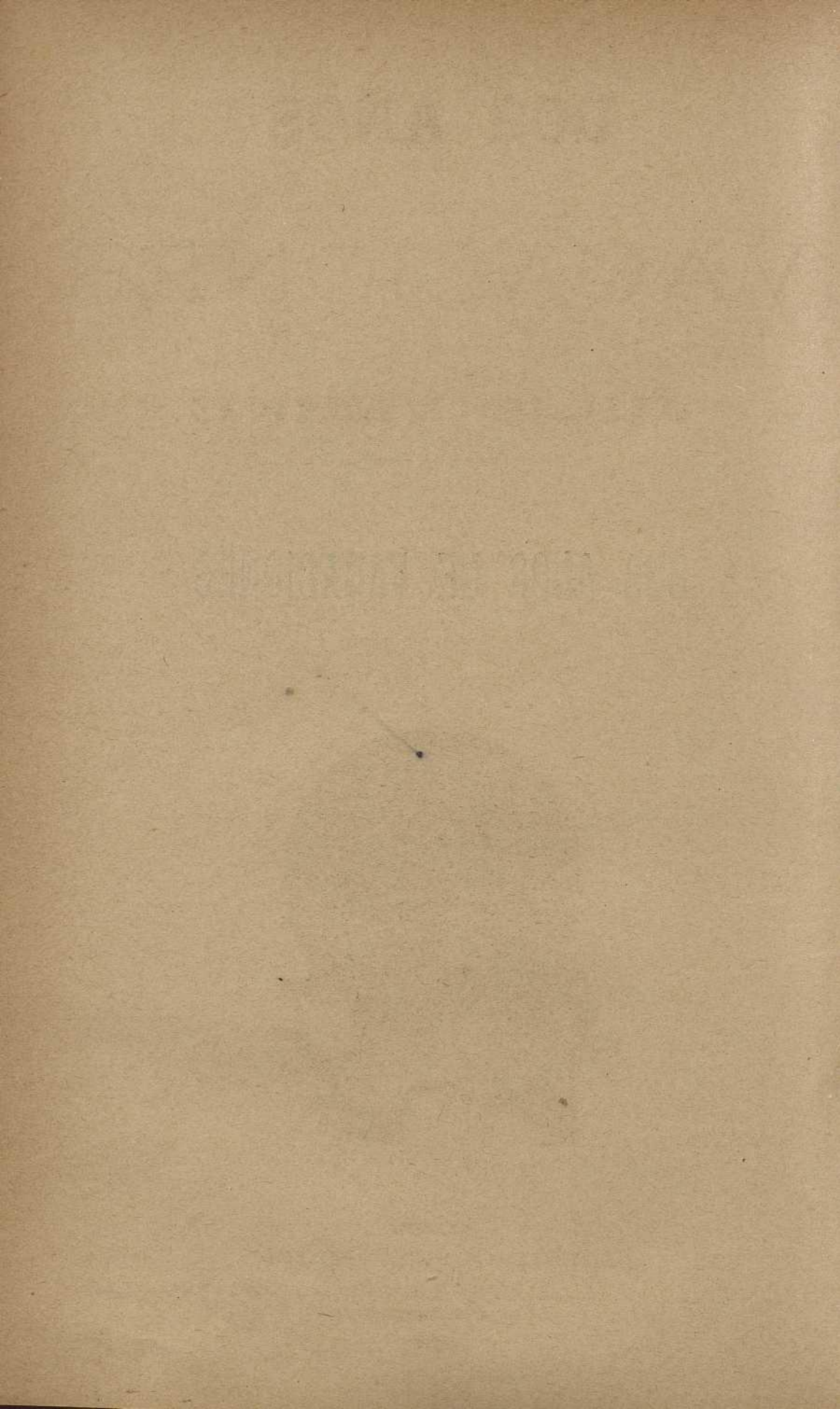


(4)

DOS AÑOS DE VACACIONES



DOS AÑOS

DE

VACACIONES

POR

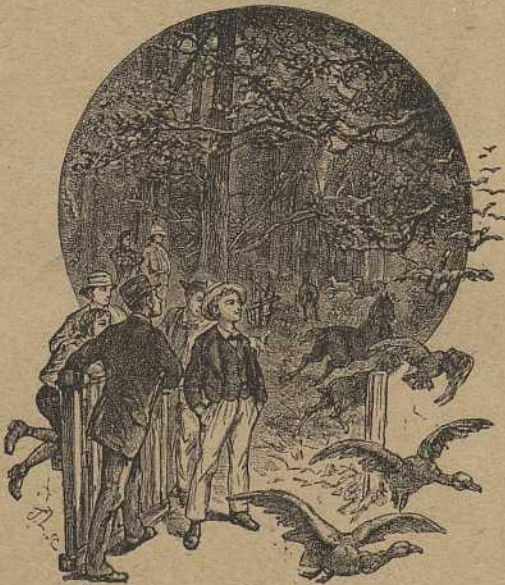
JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

CEFERINO TERÁN PUYOL

CUADERNO SEGUNDO



MADRID

AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

1888

Es propiedad del Editor.



DOS AÑOS DE VACACIONES

I

Visita á la cueva.—Muebles y utensilios.—Las bolas y el lazo.—El reloj.—El cuaderno casi ilegible.—El mapa del náufrago.—En dónde se hallan.—Vuelta al campamento.—La orilla derecha del río.—La hondonada.—Las señales de Gordon.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service guardaban un profundo silencio. ¿Quién

era aquel hombre que había muerto en aquel sitio? ¿Era un náufrago, á quien los socorros habían faltado hasta su última hora? ¿A qué nación pertenecía? ¿Había llegado joven, ó viejo, á aquel aislado punto de la tierra? ¿Había muerto anciano ya? Si era un náufrago, ¿había tenido compañeros de desgracia que con él escapasen de la catástrofe, quedándose por fin solo después de la muerte de sus compañeros? Los diferentes objetos encontrados en la cueva, pertenecían á un buque, ó los construyó él?

¡Cuántas reflexiones, cuántas dudas de tan difícil solución!

Pero si aquel hombre había encontrado refugio en un continente, ¿por qué no había partido en busca de una ciudad del interior ó de un puerto del litoral? ¿La distancia que tenía que recorrer era tan grande, ó tan penosa, que obligase á renunciar á ella? Lo cierto es que aquel desgraciado había caído, debilitado por la enfermedad ó por la vejez, y que no habiendo tenido suficientes fuerzas para volver á la cueva, había fallecido al pie de aquel árbol. Y si los medios le habían faltado para buscar su salvación, bien por el Norte, ó ya por el Este de aquel territorio, ¿no sucedería lo mismo á los jóvenes naufragos del *Sloughi*?

Nuestros valerosos muchachos comprendieron la necesidad de practicar en la cueva un minucioso registro, pues tal vez encontrarían algún documento que les diera á conocer el origen de aquel hombre y la duración de su estancia, siendo además muy conveniente saber si podrían instalarse allí durante el invierno, después de abandonar el *schooner*.

—Venid, dijo Briant.

Y seguidos de *Phann*, penetraron por segunda vez en la cueva.

El primer objeto que llamó su atención fué un paquete de velas, fabricadas con estopa y grasa, colocadas sobre una tabla sujeta en la pared de la derecha. Service encendió una, colocándola en el candelero.

Teniendo ya luz, principiaron por reconocer las condiciones de la cueva. No presentaba ningún indicio de humedad, á pesar de no tener otra ventilación que el orificio que le servía de entrada. Sus paredes eran tan secas como si fueran de piedra, sin ninguna de aquellas filtraciones cristalinas que en algunas grutas de pórfido ó de granito forman las estalactitas. Su orientación la ponía al abrigo de los vientos del mar, y si bien era muy oscura, este inconveniente se combatía con facilidad haciendo una ó dos aberturas que proporcionasen luz y renovasen el aire.

Sus dimensiones eran de treinta pies de largo por veinte de ancho; algo pequeña para dormitorio, comedor, cocina y almacén; pero como no se trataba más que de una estancia de cinco ó seis meses, sufrirían con paciencia aquella molestia.

Briant hizo después un inventario de los objetos encerrados en ella. Pocos eran, en verdad; aquel desgraciado había debido llegar allí en un completo estado de desnudez. El camastro, una mesa, un taburete y un cofre, fué el único mobiliario que encontraron. Menos favorecido aquel infeliz que los naufragos del *Sloughi*, no había tenido, como ellos, un material completo á su disposición, pues los chicos no hallaron en la cueva más que algunas herramientas, una azada, un hacha, dos ó tres utensilios de cocina, un tonel que debía haber contenido aguardiente, un martillo, dos cortafrios y una sierra. Estos objetos debían haber sido transportados en la embarcación cuyos restos se hallaban á orillas del río.

Las investigaciones continuaron, dando por resultado el hallazgo de una navaja de varias hojas, rotas en su mayor parte, un pasador, un compás y una olla de hierro. Ningún instrumento de marina aparecía, ni brújula, ni anteojo, ni siquiera un arma para cazar ó para defenderse de los indígenas ó de las fieras.

Sin embargo, como era preciso comer, aquel hombre se habría visto ciertamente obligado á usar trampas para coger aves ú otros animales. Un instante después ya sabían á qué atenerse respecto á este particular, porque Wilcox exclamó:

—¿Qué es esto?

—Un juego de bolos, respondió Service.

—¡Un juego de bolos! repitió sorprendido Briant.

Pero conoció en seguida el uso á que habían sido destinadas las dos piedras redondas que Wilcox acababa de coger del suelo. Era uno de tantos artefactos de caza, llamadas *bolos*, que se componen de dos, atadas por una cuerda, y que usan mucho los indios de la América meridional. Cuando una mano hábil lanza aquellas *bolos*, se enrollan en las piernas del animal, paralizándolo sus movimientos y haciéndolo presa del cazador.

Encontraron también un lazo, formado con una larga correa: este instrumento se maneja lo mismo que las *bolos*, pero á una distancia más corta.

Tal fué el inventario de los objetos encontrados en la gruta.

Briant y sus compañeros eran mucho más ricos; más también es cierto que éstos

eran unos niños, y el otro era un hombre.

Pero ese hombre, ¿era un simple marino ó un oficial, cuya inteligencia se había desarrollado con el estudio? Difícil hubiera sido adivinarlo sin un nuevo descubrimiento, que permitió caminar con más seguridad en la vía de la certidumbre.

A la cabecera del camastro, y debajo de un pedazo de la manta que Briant había movido, Wilcox encontró un reloj colgado de un clavo.

Este reloj, menos ordinario que los que usan los marineros, tenía dos tapas de plata, con una cadena del mismo metal, de la que pendía la llave.

—¡La hora!... ¡Veamos la hora! exclamó Service.

—La hora no nos dirá nada, respondió Briant. Probablemente este reloj se habrá parado muchos días antes de la muerte de su dueño.

Briant abrió la tapa con mucho trabajo; las agujas señalaban las tres y veintisiete minutos.

—Pero, dijo Doniphan, este reloj tendría grabado algún nombre... Esto puede indicar...

—Tienes razón, replicó Briant.

Y después de mirar en el interior, leyó estas palabras: *Delpuech, Saint-Maló*, el nombre del fabricante y sus señas.

—¡Era un francés, un compatriota mío! exclamó Briant conmovido.

No había que dudar ya; un francés había vivido en aquella cueva hasta que la muerte puso término á tanta miseria.

Otra prueba vino pronto á confirmar la primera. Doniphan movió el camastro, y encontró en el suelo un cuaderno, cuyas hojas, amarillentas, estaban escritas con lápiz; por desgracia, la mayor parte se hallaban borradas; mas sin embargo, pudieron descifrar algunas palabras, y entre otras éstas: *Francisco Baudoin*.

Un nombre y apellido que correspondían perfectamente á las iniciales grabadas en el árbol por el náufrago. Ese cuaderno debía de ser el diario de su vida desde que arribó á aquella costa. En los fragmentos que Briant pudo descifrar, se encontraba también otro nombre: *Duguay-Trouin*, que sin duda era el nombre del buque que se había perdido en aquellos lejanos parajes del Pacífico.

Al principio del cuaderno había una fe-

cha, la misma que estaba inscrita en el árbol debajo de las iniciales, y que debía ser la del naufragio.

Hacia, pues, cincuenta y tres años que Francisco Baudoin había llegado á aquel litoral.

Más que nunca, nuestros pequeños amigos se dieron cuenta de la gravedad de su situación. Si un hombre, un marino, habituado á rudos trabajos, no había podido salir de allí, ¿era posible que lo verificasen ellos?

Otro nuevo hallazgo iba á probarles además que toda tentativa era inútil.

Hojeando el cuaderno, Doniphan encontró un papel doblado entre las hojas. Era un mapa, trazado con una tinta particular, que debía componerse de agua y hollín.

—¡Un mapa!... exclamó.

—Dibujado, de seguro, por Francisco Baudoin, añadió Briant.

—Si es así, ese hombre no podía ser un simple marinero, dijo Wilcox, sino uno de los oficiales del *Duguay-Trouin*, puesto que tenía capacidad bastante para levantar un mapa.

—¡Será tal vez de!... exclamó Doniphan.

Si; era un mapa del territorio en que se hallaban. A primera vista se conocía perfectamente *Sloughi-bay*, los arrecifes, la playa en donde habían establecido su campamento, el lago del que Briant y sus compañeros habían seguido la orilla occidental, los tres islotes de alta mar, el acantilado, formando curva hasta las márgenes del río, y los bosques que cubrían toda la parte central.

En la opuesta orilla del lago había otros bosques, que se extendían hasta los bordes de otro litoral, bañado por el mar en todo su perímetro.

Era, pues, imposible buscar la salvación hacia el Este. Briant tenía razón; el mar rodeaba aquel supuesto continente... ¡Era una isla, y he aquí el motivo por qué Francisco Baudoin no había podido salir de allí!

Fácilmente se conocía en aquel mapa que los contornos de la isla estaban dibujados con bastante exactitud, demostrando además que el náufrago había recorrido aquel terreno en todos sentidos, puesto que se dejaban ver los principales accidentes geográficos, siendo él sin duda el que había construido el *ajoupa* ó choza

donde durmieron los niños la primera noche de su exploración, y aquella calzada del riachuelo que tan profunda sorpresa les causara.

Según el mapa de Francisco Baudoin, aquel territorio afectaba una forma oblonga, y parecía una enorme mariposa con las alas desplegadas, siendo estrecho en su parte central, entre *Sloughi-bay* y otra bahía que estaba al Este. Había además una tercera, mayor que las otras en la parte meridional. En medio de un cuadro de grandes bosques se desarrollaba el lago, de dieciocho millas de largo por cinco de ancho, dimensiones bastante grandes para que Doniphan y sus compañeros no hubieran podido percibir nada en sus orillas del Norte, del Este y del Sur. Varios ríos salían de aquel lago, y el más notable era el que, corriendo delante de la cueva, desembocaba en *Sloughi-bay*, cerca del campamento.

La única altura algo importante de esta isla parecía ser el acantilado, formando curva desde el promontorio, al Norte de la bahía, hasta la margen derecha del río. El mapa señalaba la costa septentrional como arenosa y árida, mientras que del otro lado del río se extendía un inmenso pantano, que concluía en un agudo cabo hacia el Sur.

Al Noroeste y al Sudeste aparecían largas hileras de dunas, que daban á aquella parte del litoral un aspecto muy diferente de *Sloughi-bay*.

En fin; si la escala que se encontraba al pie del mapa era exacta, la isla medía unas ciento cincuenta millas de Norte á Sur, por veinticinco en su parte más ancha de Este á Oeste; y teniendo en cuenta las irregularidades de su configuración, presentaba un desarrollo de ciento cincuenta millas de circunferencia.

En cuanto á saber á qué punto de la Polinesia pertenecía, ó si se hallaba ó no en medio del Pacífico, era imposible saberlo.

Era, pues, una instalación definitiva, y no provisional, la que se imponía á los naufragos del *Sloughi*; y puesto que la gruta les ofrecía un excelente refugio, convenía trasportar allí todo el material antes de que las primeras borrascas del invierno concluyesen de destruir el *schooner*.

Convenía, por consiguiente, volver al campamento sin más tardar.

Gordon debía estar lleno de inquietud, porque habían pasado ya tres días desde la partida de Briant y sus compañeros, y temía que les hubiera sucedido algo.

Acordaron, pues, emprender la vuelta aquel mismo día á las once.

Era inútil subir otra vez al acantilado, puesto que el mapa indicaba que el camino más corto era seguir la orilla derecha del río que corría de Este á Oeste. Había que andar unas siete millas, que bien podían recorrerse en lo que restaba hasta el anochecer.

Pero antes de alejarse, nuestros jóvenes quisieron realizar una de las obras de misericordia. Abrieron una fosa al pie del mismo árbol en que Francisco Baudoin grabó las iniciales de su nombre, y colocaron en ella los restos secos del desgraciado naufrago, plantando encima una cruz de madera.

Después que cumplieron esta piadosa ceremonia, volvieron á la cueva, cuyo orificio taparon para que ningún animal penetrara en ella, y después de haber apurado lo que les quedaba de comestibles, emprendieron su ruta por la margen derecha del río.

Briant no cesaba de examinar su curso para ver si sería fácil, con una embarcación cualquiera ó una balsa, utilizar aquella vía fluvial para el transporte de todo el material del *Sloughi*, aprovechando la marea alta, cuya acción se hacía sentir hasta el lago.

Lo temible sería se cambiara en torrente, ó que la falta de anchura ó de profundidad le hiciese impracticable; pero, gracias á Dios, no sucedió así, toda vez que en el espacio de tres millas que habían andado ya, el río se presentaba en excelentes condiciones de navegación. Sin embargo, á las cuatro de la tarde tuvieron que dejar de seguir la orilla, porque estaba cortada por una hondonada pantanosa, en la que no se podía andar sin peligro, y esto les obligó á tomar otra vez el camino del bosque.

Con la brújula en la mano, Briant se dirigió entonces hacia el Noroeste para ir á *Sloughi-bay* por el trayecto más corto; pero se retrasaron bastante, porque las hierbas eran tan altas, que dificultaban mucho la marcha, y además la oscuridad llegó muy pronto, por causa de la espesura de los abedules, de los pinos y de las ha-

O
C
C
E
A
N
O
P
A
C
I
F
I
C
O

North C.

French C.

South C.

Rede-Sea-lands

Slough-bay

American C.

TAMILY-LAKE

Sandy-desert

Seven-Islands

Shag-woods

Thaps-woods

Wick-woods

Wetland-woods

Bag-woods

Too-Sea-land

Beching-Forest

Deception-bay

Iron-rock

East-river

Downs-lands

South-moors

ISLA CHAIRMAN

South C.

ESCALA



yas. En tan malas condiciones anduvieron dos millas, y á las siete no sabían en dónde se encontraban, temiendo haberse extraviado.

¿Tendrían que pasar la noche debajo de los árboles? Eso era lo de menos, si no se hubieran acabado las provisiones.

—Marchemos siempre, dijo Briant; andando en la dirección indicada, no tenemos más remedio que llegar á *Sloughi-bay*.

—Como no sea que ese mapa nos haya dado falsas indicaciones, respondió Doniphan, y resulte que ese río no sea el que desemboca en la bahía.

—¿Y por qué no ha de ser éste, Doniphan?

—¿Qué motivos tienes para creer lo contrario, Briant?

Como se ve, Doniphan, que no estaba satisfecho con el triunfo de su compañero, se obstinaba en no creer exacto el mapa del naufrago. Y, sin embargo, no se podía negar que en la parte recorrida por nuestros jóvenes, la carta geográfica presentaba el país tal cual era.

Briant no quiso discutir, y prosiguieron resueltamente su camino.

A las ocho, no sabiendo por dónde andaban (tan grande era la oscuridad), observaron de repente que por un claro del bosque aparecía una luz bastante viva, propagándose por el espacio.

—¿Qué es esto?... dijo Service.

—Es una estrella errante, según creo, dijo Wilcox.

—¡No, es un cohete!... replicó Briant; un cohete lanzado desde el *Sloughi*.

—¡Y por consiguiente una señal de Gordon! exclamó Doniphan, que contestó con un tiro.

Un segundo cohete se vió en el espacio; Briant y sus compañeros, sin duda alguna ya respectó al punto en donde se encontraban, marcharon en aquella dirección, y tres cuartos de hora después llegaban al campamento del *Sloughi*.

Era, en efecto, el americano, que por temor de que se hubiesen extraviado, había tenido la buena idea de lanzar al espacio algunos cohetes, á fin de señalarles la posición del *schooner*.

Excelente idea, sin la que nuestros cuatro muchachos no hubieran descansado de sus fatigas en sus camitas del yate.

II

Relato de la exploración.—Se deciden á dejar el «*Sloughi*.»—Descarga y rompimiento del yate.—Una borrasca que acaba con él.—Acampados debajo de la tienda.—Construcción de una balsa.—Carga y embarque.—Dos noches en el río.—Llegada á «*French-den*.»

Ya pueden figurarse nuestros lectores la acogida que se hizo á los cuatro exploradores: Gordon, Cross, Baxter, Garnett y Webb les dieron un abrazo, y los pequeños se les colgaron del cuello.

Habían tenido tanto miedo de no volverlos á ver, temían que se hubiesen extraviado, que hubieran caído en mano de los indígenas, ó que hubieran sido pasto de algunos animales carnívoros: hubo, en fin, exclamaciones de júbilo y buenos apretones. *Phann* tomó parte, como era natural, en aquella alegría, y mezclaba sus ladridos á los *hurras* de los niños.

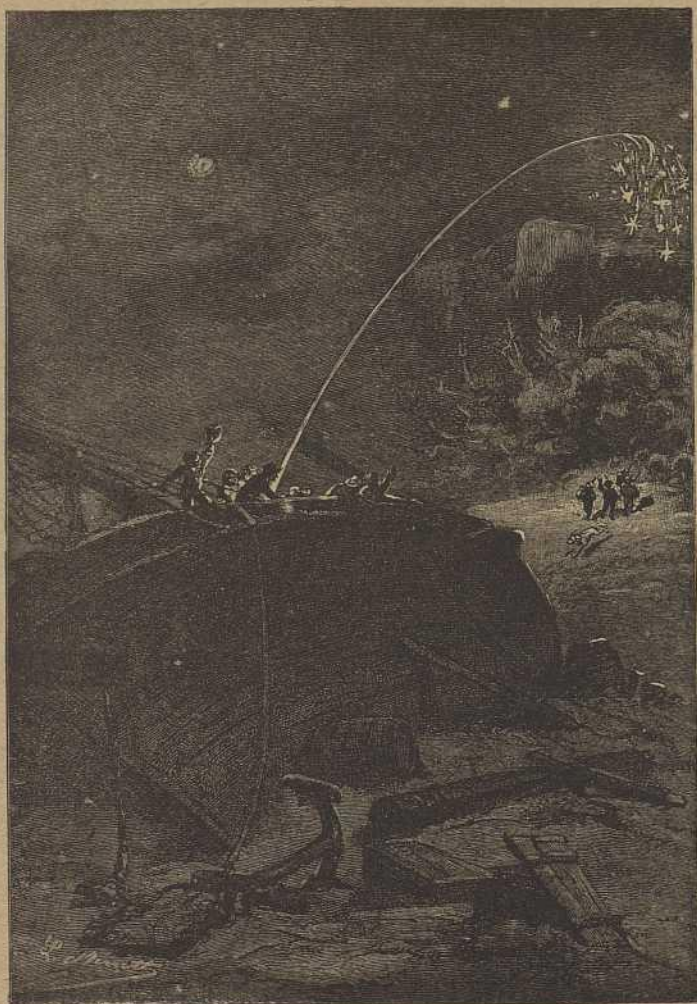
Ya estaban de vuelta, y no quedaba más que saber el resultado de la expedición; pero como se encontraban cansados, lo dejaron para el siguiente día.

—¡Estamos en una isla!

Esto fué todo lo que Briant dijo, y era lo bastante para que el porvenir apareciese bajo los más sombríos colores. A pesar de eso, Gordon acogió la noticia sin mucho desaliento.

—¡Bueno! lo esperaba, parecía decir, y no me sorprende.

Al día siguiente, al amanecer, los mayores, Gordon, Briant, Doniphan, Baxter, Cross, Wilcox, Service, Webb, Garnett, y también Mokó, que era de buen consejo, se reunieron en la proa del yate, mientras los demás dormían. Briant y Doniphan tomaron la palabra, cada uno á su vez, poniendo á sus compañeros al corriente de cuanto les había sucedido. Dijeron que una calzada colocada en un río y los restos de un *ajoupa* ó choza oculta en un espeso matorral, les habían hecho creer que el país estaba habitado. Manifestaron que aquella vasta extensión de agua que había creído el mar, no era otra cosa que un lago; explicaron cómo nuevos indicios les



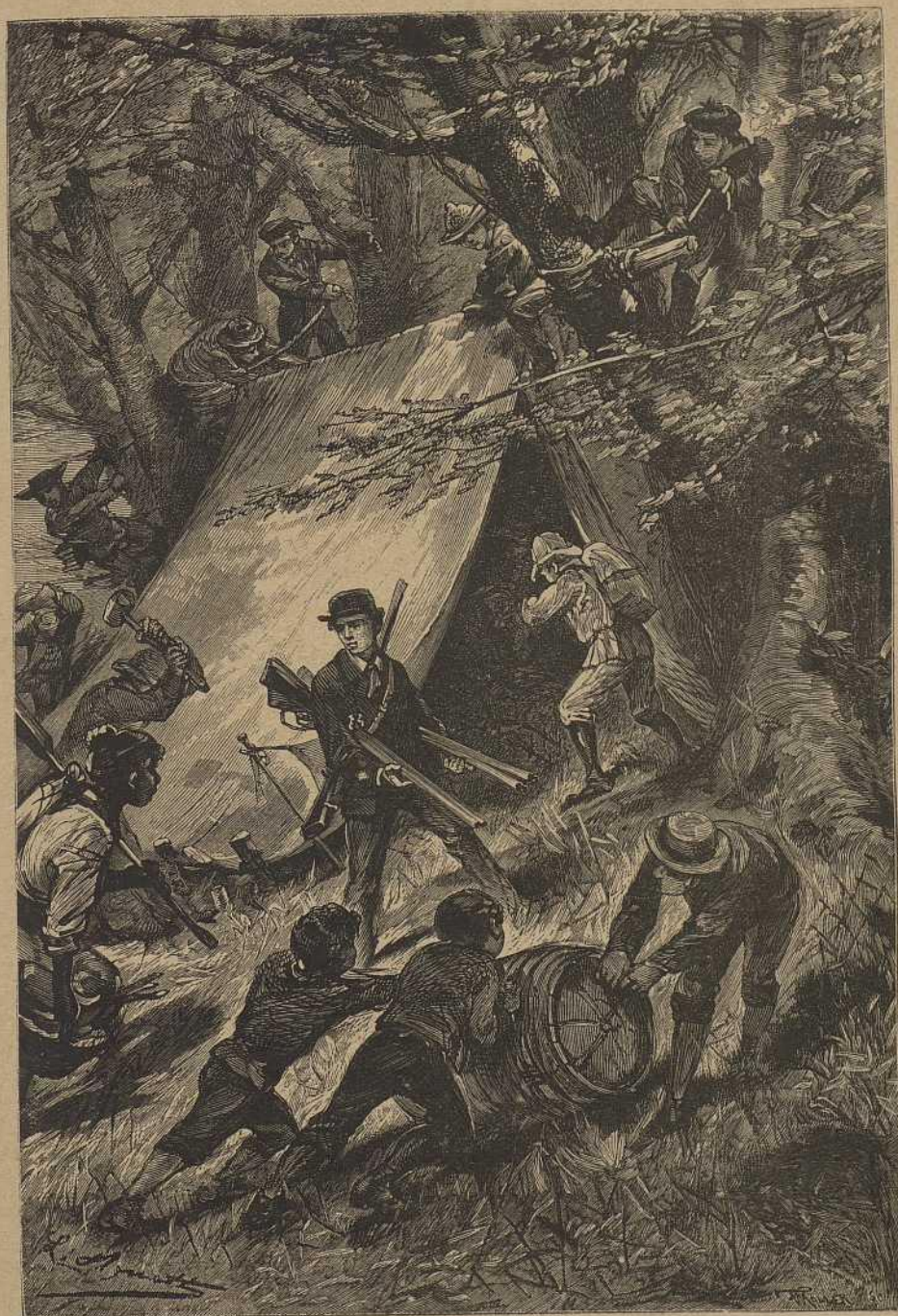
Gordon disparó desde el buque algunos cohetes.

habían conducido hasta la cueva, cerca del sitio de donde el río salía de aquella inmensa laguna; y, por fin, refirieron el descubrimiento del esqueleto de Francisco Baudoin y el hallazgo del cuaderno y del mapa levantado por el náufrago, que indicaba que era una isla aquella tierra en la que se había perdido el *Sloughi*.

Briant y Doniphan no omitieron ningún detalle, y después de su relato, todos juntos, mirando aquel mapa, comprendieron que no podían hacer nada, y que la salvación tenía que venir de fuera. El que menos se asustó fué el americano. Gordon no tenía familia que le esperase en Nueva Zelandia, así es que con su espíritu práctico, metódico y organizador, la idea de fundar y regir una pequeña colonia no le asustaba. Veía en ello una oca-

sión de ejercitar sus gustos naturales, y procuró dar alientos á sus compañeros, prometiéndoles, si querían secundarle, una existencia bastante soportable.

El americano, después de examinar detenidamente el mapa de Francisco Baudoin, y viendo las grandes dimensiones de la isla, creyó imposible que no estuviese señalada en el mapa del Pacífico del atlas de Stieler. Pero después de un detenido examen se convenció de que, fuera de los archipiélagos, cuyo conjunto comprende la Tierra de Fuego, el de la Desolación, de la Reina Adelaida, de Clarence, etc., ningún otro constaba en aquellos mares. Era, pues, una isla desconocida, no pudiendo tampoco saber su situación en el Pacífico, por carecer de instrumentos necesarios al objeto.



Instalaron la tienda, y trasladaron á ella camas, armas y utensilios.

De todo lo ocurrido, observado y calculado, se decía que era preciso proceder á una instalación definitiva antes de que llegase el invierno.

—Lo mejor será que vivamos en la cueva que hemos descubierto, dijo Briant, puesto que nos ofrece un abrigo seguro.

—¿Es bastante grande para que quepamos todos? preguntó Baxter.

—No, respondió Doniphan: tal cual es, estaremos bastante estrechos; pero me parece fácil agrandarla. Tenemos herramientas y...

—Tal vez no estemos con mucha comodidad, observó otro joven; de cualquier modo, es necesario ir allá, y luego veremos.

—Y sobre todo, añadió Briant, trasladémonos lo más pronto posible.

Gordon, apoyando el parecer de este último, dijo que era, en efecto, muy urgente, porque el *schooner* cada vez se hacía menos habitable, en atención á que las últimas lluvias, seguidas de calores bastante fuertes, habían contribuido á que se abriera por muchos lados, y el aire y el agua penetraban por varios sitios á la vez; y si por causa del equinoccio, que duraba aún, se desencadenase una borrasca en aquella costa, el *Sloughi* se haría pedazos en pocas horas. Era urgentísimo, por lo tanto, abandonarle en seguida y destruirlo después para utilizar lo que pudiera sacarse de él, vigas, tablas, hierro, cobre, y llevarlo todo á *French-den* (gruta francesa), nombre que dieron á la cueva, en recuerdo al pobre náufrago.

—Y mientras tanto, ¿dónde habitaremos? preguntó Doniphan.

—Levantaremos una tienda de campaña á orillas del río, entre los árboles, respondió Gordon.

—Ese es el mejor partido que podemos tomar, dijo Briant, y conviene hacerlo sin perder una hora.

Urgía, en efecto, empezar, porque se necesitaba lo menos un mes de trabajo asiduo para descargar el material y las provisiones, desbaratar el yate y construir una balsa para acarrearlo todo antes de Mayo, que, como es sabido, corresponde á Noviembre en el hemisferio boreal.

Con mucha sensatez había escogido Gordon la orilla del río para establecer el nuevo campamento, puesto que el transporte debía verificarse por agua, dado que

no era posible otra vía más directa ni más cómoda, porque aprovechando durante varios días la marea alta que alcanzaba hasta el lago, una balsa llegaría á su destino sin demasiado trabajo.

Ya sabemos que la parte superior de aquel río era navegable, y Briant y Mokó, en una nueva excursión que hicieron en la canoa, reconociéndolo hasta la hondonada, pudieron cerciorarse de que ningún obstáculo se oponía á su proyecto.

Los días siguientes se emplearon en disponer el nuevo campamento. Ataron con buenas cuerdas las ramas más bajas de diferentes hayas, que sirvieron de sostén á la gran vela de repuesto del yate, y fijándola en el suelo por fuertes amarras, llevaron allí las camas, los utensilios de primera necesidad, las armas, municiones y los fardos que contenían las provisiones de boca. Como la balsa debía construirse con los restos del *schooner*, era necesario proceder cuanto antes á su demolición.

El tiempo no podía ser mejor; y si bien soplaba á veces un viento bastante fuerte, como venía de tierra, no interrumpía para nada el trabajo de nuestros náufragos.

El 15 de Abril ya no quedaban en el buque más que los objetos de gran peso, las goas de plomo sirviendo de lastre, la hornilla y otros que no podían moverse sin un aparato adecuado. En cuanto á las cosas propias del buque, vergas, obenques, cadenas, áncoras, amarras y demás, todo estaba ya cerca de la tienda.

No tenemos por qué decir que no se descuidaban en proveer á las necesidades de cada día. Doniphan, Webb y Wilcox consagraban algunas horas á la caza, y los pequeños recogían mariscos en cuanto la marea dejaba en descubierto los arrecifes. Daba gusto ver á Jenkins, Iverson, Dole y Costar moverse como una nidada de polluelos entre las rocas; algunas veces se mojaban las piernas, lo que les valía un regaño de Gordon, mientras Briant los disculpaba. Santiago acompañaba también en sus ocupaciones á los pequeños, pero sin participar jamás de su alegría.

El trabajo marchaba, pues, á las mil maravillas, con un método en el que se conocía la intervención del americano, cuyo sentido práctico no le abandonaba nunca. Doniphan se doblegaba á sus órdenes, lo que no hubiera hecho con Briant

ni con nadie. En suma, reinaba un perfecto acuerdo entre todos.

La segunda quincena de Abril no fué tan buena. La temperatura tuvo una baja sensible, y varias veces, por la madrugada, el termómetro señaló cero. Por precaución, creyeron conveniente ponerse trajes de más abrigo, especialmente los pequeños, cuyo cuidado constituía la incesante preocupación de Briant. Tenía con ellos suma vigilancia, ya para que no se enfriasen los pies, ya para que no se expusieran á un aire frío cuando estaban sudando. Al menor constipado les obligaba á acostarse al lado de un buen brasero, que no se apagaba ni de noche ni de día. Varias veces, Dole y Costar, por hallarse resfriados, no pudieron salir de la tienda; pero Mokó, por indicaciones de Briant, no ahorra las tisanas, cuyos ingredientes habían encontrado en el botiquín del *schooner*.

Comenzó el desarme del yate: las planchas de cobre que cubrían los costados del buque se quitaron con muchísimo esmero para que, conservadas en buen estado, pudiesen servir en *French-den*, ó sea en la cueva francesa; y una vez arrancado el blindaje, las tenazas, las pinzas y los martillos ayudaron á demoler el casco. Este trabajo lo hacían los pobres chicos con mucha lentitud; pero el 25 de Abril una borrasca vino á ayudarles con apreciable oportunidad.

Durante la noche, no obstante el mucho frío que hacía, se levantó una violenta tormenta; los relámpagos alumbraban el espacio, y el ruido del trueno no cesó en toda la noche, con gran espanto de los pequeños. Felizmente no llovió; pero fué necesario atar varias veces la lona, que el viento amenazaba arrancar, y si resistió, fué merced á la corpulencia de los árboles que la sostenían. No sucedió así con el yate, que, expuesto á los golpes del mar, se deshizo por completo. He aquí por qué dijimos que la borrasca había auxiliado en su trabajo á nuestros naufragos con oportunidad apreciable.

Vueltos al siguiente día á su ocupación, no tuvieron otra cosa que hacer sino recoger los restos del buque y transportarlos á la orilla derecha del río, á algunos pasos de la tienda. Gran trabajo, en verdad; mas con tiempo, aun cuando no sin

gran fatiga, se llevó á buen fin. Era cosa curiosa verlos enganchados á algún pesado madero tirando todos á la vez y excitándose por mil gritos; las cuerdas les servían de palanca, y con maderos redondos hacían correr las cosas de más peso. ¡Lástima que esos pobres muchachos no tuviesen consigo al padre de Briant y al de Garnett, porque el ingeniero y el capitán les hubieran corregido muchas faltas que cometieron y debían cometer aún! Sin embargo, Baxter de una inteligencia privilegiada en cuanto á mecánica, desplegó mucha destreza y mucho celo.

Por fin, el 28 por la noche todo lo que quedaba del *Sloughi* había sido llevado al sitio de embarque. Lo más difícil estaba hecho, puesto que el río era el encargado de llevarlo todo á *French-den*.

—Desde mañana empezaremos á construir la balsa, dijo Gordon.

—Sí, añadió Baxter; y para no tener que lanzarla luego al agua, propongo que la construyamos en la superficie del río.

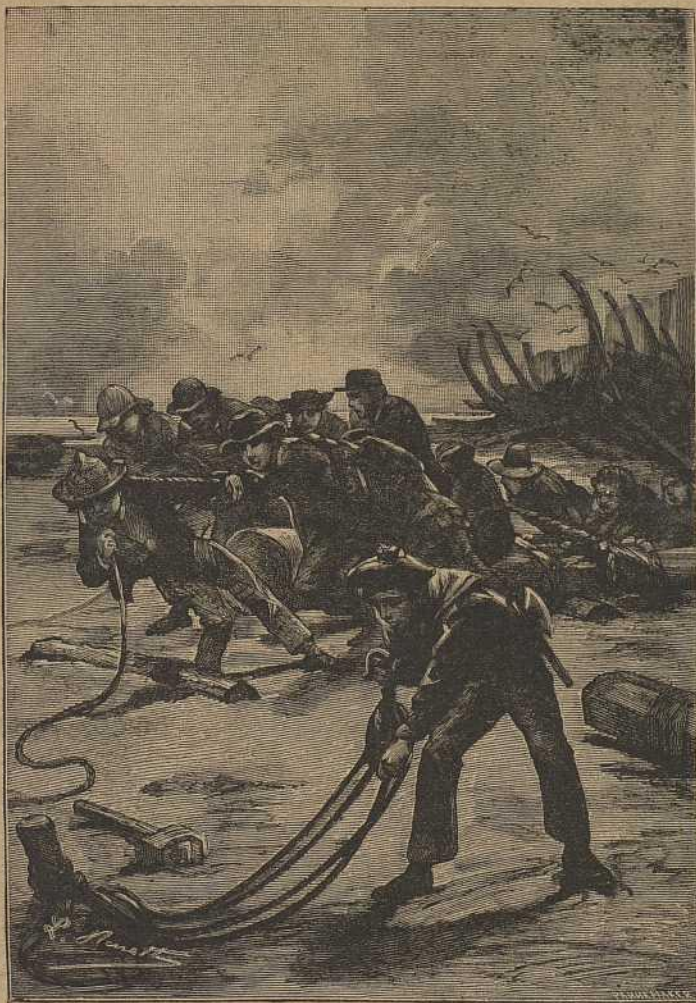
—No será nada cómodo, dijo Doniphan.

—No importa, probemos, respondió el americano. Si tenemos más trabajo para armarla, no tendremos que cavilar para ponerla á flote.

Este modo de proceder era, en efecto, preferible, y aceptado por todos desde la siguiente mañana, se dispusieron los primeros maderos de aquella balsa, que había de ser de dimensiones bastante grande para recibir una carga muy pesada.

Las vigas arrancadas del *schooner*, la quilla partida en dos, el palo de mesana, el trozo del mayor roto á tres ó cuatro pies del puente, el hauprés y la verga de mesana, habían sido transportados á un sitio de la orilla, que no cubría la marea sino en la pleamar. Esperaron, pues, aquel momento, y cuando el flujo levantó los maderos, los empujaron hacia el río, en donde los reunieron con otros más pequeños, colocados en sentido inverso, atándolos fuertemente. De este modo obtuvieron una base sólida de unos treinta pies de largo por quince de ancho. Trabajaron sin descansar durante todo el día, y cuando la noche llegó, Briant tuvo la precaución de atar los maderos á los árboles para que la pleamar no se lo llevara todo río arriba, ni la marea baja hacia el mar.

Cansadísimo después de tan laborioso



Arrastraban entre todos las piezas que quitaban del yate,

día, cenaron con gran apetito y durmieron sin despertarse hasta la mañana siguiente.

Tratábase ahora de colocar la plataforma de la balsa; utilizaron para ello las tablas del puente y del casco del *Sloughi*.

Esta tarea necesitó tres días, á pesar de la prisa con que trabajaban, porque no había tiempo que perder, en atención á que algunas cristalizaciones se iban formando ya en la superficie de los charcos y también en las orillas del río. El abrigo de la tienda era también insuficiente, á pesar del brasero, y apenas si se resguardaban del frío apretándose unos contra otros, envueltos en las mantas. Era imprescindible apresurarse para empezar la instalación definitiva en *French-deñ*, porque allí, así á lo menos lo esperaban, sería posible resistir los rigores del invierno, tan rudos

en aquellas latitudes; así es que colocaron la plataforma del mejor modo posible para que no se deshiciere en el camino y se hundiese todo el material en el lecho del río, que eso hubiera sido para ellos de penosa y tristísima trascendencia.

—No importa que tardemos veinticuatro horas más, dijo Wilcóx.

—Si importa, repuso Briant, pues tenemos interés en concluir antes del día 6 de Mayo.

—¿Por qué? preguntó Gordon.

—Pasado mañana entramos en el plenilunio, repuso Briant, y las mareas crecerán durante algunos días. Cuanto más fuertes sean, más nos ayudarán á remontar el curso del río. Piénsalo bien, Gordon; si tuviésemos que sirgar, es decir, tirar de la balsa con cuerdas ó empujarla

con bicheros, jamás llegaríamos á vencer la corriente.

—Tienes razón, respondió el americano; es preciso partir, lo más tarde, dentro de tres días.

Y convinieron en no descansar hasta que todo estuviese concluido.

El 3 de Mayo se ocuparon del cargamento, y lo hicieron con el cálculo y cuidado necesarios para que al marchar la balsa no perdiera el equilibrio.

Todos trabajaron, cada uno según sus fuerzas. Jenkins, Iverson, Dole y Costar fueron los encargados de acarrear las cosas más menudas, como utensilios, herramientas é instrumentos, y ponerlos sobre la plataforma, en donde Briant y Baxter las disponían metódicamente, siguiendo las indicaciones de Gordon. En cuanto á los objetos de más peso, Baxter estableció una especie de cabrestante con poleas encontradas á bordo, lo que permitió levantar los fardos con más facilidad y dejarlos caer sin choque alguno en la balsa.

Procedieron con tanta prudencia y celo, que en la tarde del 5 de Mayo cada objeto estaba en su sitio, no restándoles más que hacer que soltar las amarras. Esto se llevaría á efecto al día siguiente, á las ocho de la mañana, hora en que la marea empezaría á influir en la embocadura del río.

Todos se hallaban satisfechos de su obra: los pequeños operarios pensaban que, concluido su trabajo, iban á poder descansar hasta la noche, descanso bien merecido por cierto; pero no sucedió así, pues una proposición muy razonable del americano les dió aún que hacer.

—Compañeros, dijo; pues que vamos á alejarnos de la bahía, no podremos vigilar el mar, y si algún buque viniera por este lado, sería imposible hacer señales pidiendo amparo; así es que opino que colocando un mástil en el acantilado con una bandera, bastará, así lo espero, para llamar la atención de cualquier barco que pase cerca de la isla.

La proposición se aceptó por unanimidad, y uno de los palos fué arrastrado hasta el pie de las rocas, cuyo talud, cerca de la orilla del río, ofrecía una pendiente bastante fácil de subir. Cuando llegaron á la cima, plantaron el mástil á una profundidad bastante grande para que resistiese á los embates de los vientos, y por

medio de una cuerda, Baxter izó el pabellón inglés, que Doniphan saludó con una descarga de su escopeta.

—¡Hombre, hombre! dijo Gordon dirigiéndose á Briant; mira á Doniphan, que acaba de tomar posesión de la isla en nombre de Inglaterra.

—Me extrañaría mucho que no le perteneciera ya, respondió Briant.

Gordon hizo una mueca, en són de protesta, pues él, según el modo que tenía de hablar cuando se ocupaba de aquella isla, daba á entender que la creía americana.

El 6 de Mayo, á la salida del sol, todos estaban en pie, y comenzaron á deshacer la tienda y á transportar las camas á la balsa, cubriéndolo todo con las velas para que ningún objeto sufriera desperfecto alguno.

A las siete los preparativos estaban terminados. La plataforma se había dispuesto de tal modo, que podían instalarse en ella dos ó tres días, si necesario fuese; y en cuanto á las provisiones, Mokó había apartado lo preciso para el viaje, sin necesidad de encender fuego.

A las ocho y media se colocaron todos en la balsa, poniéndose los mayores en los bordes, armados con bicheros ó palos, único medio de dirigirla.

Un poco antes de las nueve la marea empezó á subir, y entonces un crujido sordo se dejó oír en el maderamen; pero después de este esfuerzo, ninguna dislocación era de temer.

—¡Atención! gritó Briant.

—¡Atención! replicó Baxter.

Ambos estaban junto á las amarras que detenían la embarcación por delante y por detrás.

—¡Estamos prontos! exclamó Doniphan, colocado con Wilcox en la parte anterior de la plataforma.

Y después de asegurarse de que la balsa andaba á impulsos de la marea, Briant gritó:

—¡Largad!

La orden fué ejecutada sin dilación, y libre ya de toda amarra, la débil embarcación remontó lentamente la corriente, llevando á remolque la canoa.

La alegría fué general cuando vieron que aquella pesada máquina se ponía en movimiento, y de seguro que si hubieran

construido un navío de tres puentes, no hubiesen estado más satisfechos.

¡Perdonémosles este pequeño sentimiento de vanidad!

La orilla derecha, llena de árboles, era algo más elevada que la izquierda, estrecho ribazo que seguía á lo largo de los pantanos. Briant, Baxter, Doniphan, Wilcox y Mokó ponían todo su cuidado en evitar que la embarcación atracase en aquella orilla, manteniéndola lo más cerca posible de la derecha, en donde el flujo se hacía sentir con más fuerza.

El curso del río, desde su salida del lago hasta su embocadura, era de unas seis millas, y como no podían recorrer más que dos durante la pleamar, necesitarían lo menos tres días para llegar á *French-den*.

A las once, iniciándose ya el descenso de las aguas, se apresuraron á amarrar fuertemente la balsa para que no retrocediera, pues si es verdad que podían también aprovechar la marea de la noche, no era razonable aventurarse en la oscuridad.

—Creo que cometeríamos una imprudencia, dijo Gordon, porque los choques podrían ocasionarnos desperfectos, y soy de parecer que no viajemos más que de día.

Esta proposición era demasiado sensata para no obtener la aprobación general, pues valía más tardar que comprometer el precioso cargamento entregado á la corriente del río.

Como tenían que estar medio día y una noche entera en el mismo sitio, Doniphan y sus compañeros de caza, aprovechando la ocasión y seguidos de *Phann*, desembarcaron en la margen derecha.

Gordon les recomendó que no se alejaran mucho, lo que tuvieron en cuenta, trayendo, sin embargo, dos hermosas avutardas y varias perdices, que conservó Mokó para la primera comida que hicieron en la cueva francesa.

Durante aquella pequeña excursión, Doniphan no descubrió ningún indicio que revelase la presencia antigua ó reciente de seres humanos, siendo lo único que llamó su atención algunos volátiles de gran tamaño que huían precipitadamente por entre los matorrales.

El día acabó sin novedad, y Baxter, Webb y Cross, prontos á cualquier even-

to, velaron toda la noche, hasta que, llegadas las nueve y tres cuartos de la mañana, comenzaron á navegar en las mismas condiciones que la vispera.

La noche había sido fría, y el día lo fué también. Era, por lo tanto, urgente que llegasen cuanto antes á su nueva morada, pues ¿qué sería de ellos si el río se helara ó si algún témpano saliera del lago dirigiéndose á la Bahía de Sloughi? Y sin embargo, no era fácil andar más aprisa durante el flujo, é imposible remontar la corriente en la bajamar.

A la una de la tarde hicieron alto al lado de la hondonada que Briant y sus compañeros habían visto á su vuelta á la bahía Sloughi, y Mokó, Doniphan y Wilcox montaron en la canoa para reconocer aquel barranco, no deteniéndose sino por falta de agua. Este charco parecía ser una prolongación de los pantanos, y muy rico en aves acuáticas. Doniphan mató algunas chochas, que se guardaron con las avutardas y las perdices.

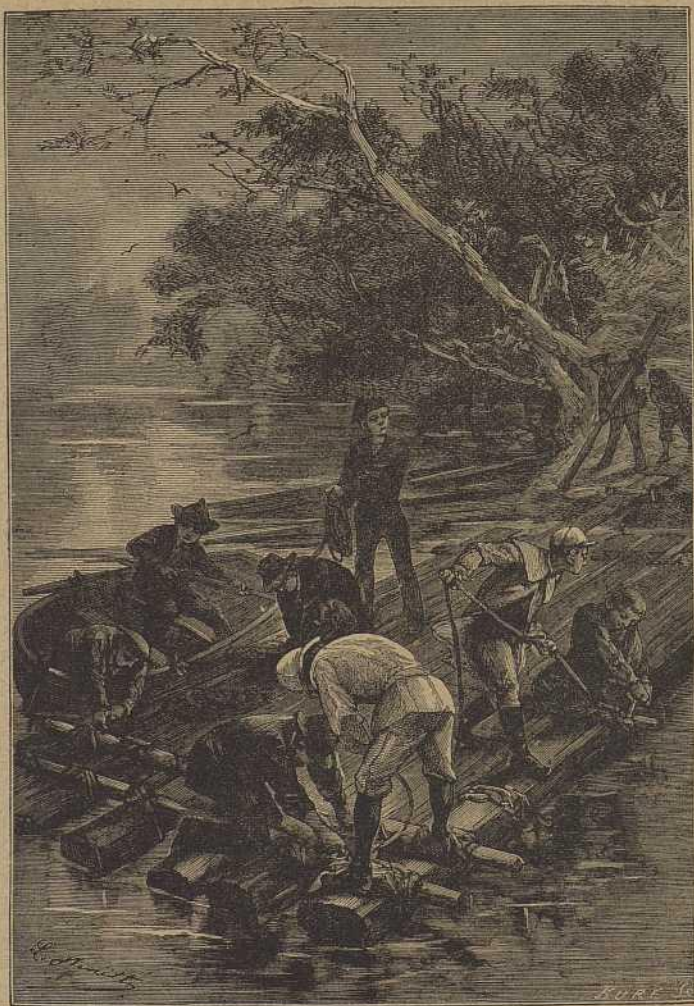
La noche fué tranquila, pero glacial, y á pesar de todas las precauciones que se tomaron, sufrieron mucho frío sobre aquellas tablas, especialmente los pequeños, hasta el punto de que Jenkins é Iverson, dejándose llevar de su mal humor, se quejaron por haber dejado el campamento de *Sloughi-bay*, siendo preciso que Briant les diera aliento con caricias y dulces palabras.

Por fin, al día siguiente por la tarde, y con la ayuda de la marea, que duró hasta las tres y media, la balsa llegó cerca del lago y atracó á la orilla, frente á *French-den*, ó sea la cueva de Francisco Baudoin.

III

Primeras disposiciones en el interior de «French-den.»—Descarga de la balsa.—Visita á la tumba del náufrago.—Gordon y Doniphan.—La hornilla de la cocina.—Caza de pelo y de pluma.—El nandú.—Proyectos de Service.—Se acerca el invierno:

El desembarque se verificó en medio de los gritos de júbilo de los pequeños, para los que todo cambio en la vida ordinaria equivalía á un nuevo juego. Dole brincaba



Los muchachos construyeron una sólida balsa.

en el ribazo como un cabrito; Iverson y Jenkins corrían hacia el lago, mientras que Costar, hablando aparte con Mokó, le decía:

—Nos has prometido una buena comida, grumete.

—Pues bien, pasaréis sin ella, señor Costar, respondió Mokó.

—¿Y por qué?

—Porque no tendré tiempo de guisar hoy.

—¡Cómo! ¿No se comerá?

—No, pero se cenará, y las avutardas no serán menos buenas en la cena.

Y Mokó se reía, enseñando sus hermosos y blancos dientes.

El niño, después de darle una palmadita en el hombro en señal de buena amistad, fué á reunirse á sus compañeros, y

Briant dió á todos ellos orden de que no se alejaran, con el fin de no perderlos de vista.

—¿No vas con ellos? preguntó á su hermano.

—No, prefiero estar aquí, respondió Santiago.

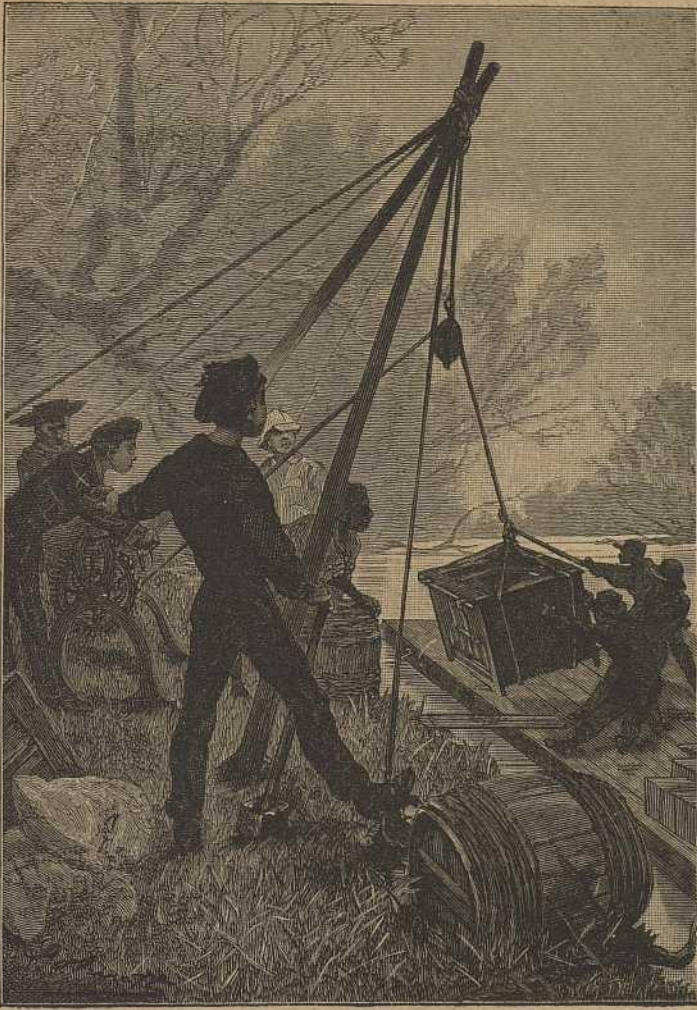
—Mejor sería que hicieras un poco de ejercicio, repuso Briant. ¡No estoy contento contigo, Santiago!... ¡Me ocultas algo!... ¿Estás malo?

—No, no tengo nada.

Siempre la misma respuesta; esto preocupaba á Briant, que resolvió aclarar sus dudas, á trueque de reñir con su hermano.

Pero no había que perder tiempo si querían pasar la noche en la gruta.

Tratábase, en primer lugar, de que los



Baxter construyó una especie de cabrestante.

que no la conocían fuesen á verla; así es que, después de amarrar la balsa, Briant rogó á sus compañeros que le acompañasen, y el grumete se provió de un farol, cuya luz, aumentada por los cristales, despedía viva claridad.

Las malezas que tapaban el orificio de la cueva se encontraban en el mismo estado que las dejó Briant; prueba segura de que ningún ser humano ni animal habían penetrado en ella.

Después de apartar las ramas, todos se deslizaron por la estrecha abertura. Con la luz del farol, la gruta se alumbró mucho mejor que con las ramas de pino ó las velas del náufrago.

—¡Qué estrechos vamos á estar aquí! dijo Baxter, que acababa de medir la profundidad de la gruta.

—¡Bah! exclamó Garnett: se ponen las camas unas encima de otras, como en un camarote...

—¿Para qué? replicó Wilcox; bastará colocarlas bien en el suelo...

—Entonces ya no quedará sitio para andar, dijo Webb.

—No, pero...

—Pero, le interrumpió Service, lo principal era que tuviésemos un abrigo. Supongo que Webb no pensaba encontrar aquí una habitación completa con salón, comedor, alcoba, sala de fumar, cuarto de baño...

—No, dijo Cross; pero sería menester un sitio en que se pudiera guisar.

—Guisaré fuera, dijo Mokó.

—Eso sería muy incómodo con el mal tiempo, dijo Briant. Así es que mañana

mismo debemos colocar aquí la hornilla del *Sloughi*.

—¡La hornilla en el mismo sitio en que tenemos que comer y dormir! replicó Doniphan con marcado disgusto.

—Pues bien, respirarás sales, lord Doniphan, exclamó Service soltando una carcajada.

—Si me conviene, señor pinche, replicó el altanero muchacho frunciendo el entrecejo.

—¡Vamos, vamos!... se apresuró á decir Gordon. Que la cosa sea ó no agradable, será preciso tener paciencia por ahora; además, la hornilla, no sólo servirá para guisar, sino también para calentarnos. En cuanto á agrandar esto, dado caso de que sea posible realizarlo, tenemos el tiempo que dure el invierno: contentémonos, pues, con lo que hay, é instalémonos lo mejor posible.

Antes de cenar, entraron todas las camas y las arreglarón unas al lado de otras encima de la arena.

Esta mudanza ocupó á los chicos hasta el anochecer, en cuya hora, transportando la mesa grande del comedor del yate, la colocaron en medio de la cueva, y Garnett, ayudado por los pequeños, que le traían los diversos utensilios de á bordo, se encargó de prepararla para la cena.

Mokó, que auxiliado por Service había dispuesto un hogar entre dos gruesas piedras al pie del contrafuerte del acantilado, encendió lumbre con ramas secas, que Wilcox y Webb fueron á buscar debajo de los árboles del ribazo, y á eso de las seis la olla esparcía un olor muy apetitoso, mientras que una docena de perdices colocadas en una barrita de hierro, se asaban delante de un buen fuego, encima de una gran fuente que recibía su jugo, y en la que Costar hubiese de buena gana mojado un trozo de galleta. Dole é Iverson daban concienzudamente vueltas al asador, y Phann los miraba con gran interés.

A las siete estaban todos reunidos en la única habitación de *French-den*, comedor y dormitorio á la vez. Los taburetes y sillas de tijera y de mimbres del *Sloughi*, habían sido traídos al mismo tiempo que los bancos del puesto de la tripulación. Nuestros muchachos, servidos por Mokó y por sí mismos, comieron opíparamente. Una buena sopa muy caliente, un trozo de *corn-*

beef, el asado de perdices, galleta en vez de pan, agua fresca con una tercera parte de *brandy*, un pedacito de queso de Chester y algunos vasos de *sherry* en los postres, les indemnizaron de las malas comidas de los días anteriores.

A pesar de la gravedad de su situación, los pequeños se entregaban á la alegría propia de su edad, y Briant no quiso reprimir ni su algazara ni sus risas.

Terminada la cena, y no obstante la fatiga del día, Gordon, guiado por un sentimiento de religioso respeto, propuso á sus compañeros hacer una visita á la tumba de Francisco Baudoin, cuya morada ocupaban ellos; y aceptada la idea por todos, nuestros jóvenes dieron la vuelta al contrafuerte y se detuvieron cerca de un montón de tierra, en el que se veía una cruz de madera; y entonces, los pequeños arrodillados y los mayores inclinados ante aquella tumba, dirigieron una oración á Dios por el alma del desgraciado naufrago.

A las nueve se acostaron, y Wilcox y Doniphan, que estaban de guardia, encendieron una gran hoguera á la entrada de la cueva para ahuyentar á los animales y caldear el interior de la gruta.

Al día siguiente, 9 de Mayo, y durante los tres sucesivos, se necesitó de todos los brazos para la descarga de la balsa, pues como las nubes se amontonaban ya con el viento Oeste, anunciando lluvia ó nieve, y el termómetro no se movía casi de cero, importaba mucho que cuantas cosas podían echarse á perder, municiones y provisiones sólidas y líquidas, se guardaran en *French-den*.

Por espacio de algunos días, y ante la urgencia del trabajo, los cazadores no se ocuparon mucho en dar culto á Diana; pero como las aves acuáticas abundaban sobremanera en la superficie del lago ó en los pantanos, Mokó no se encontró nunca desprovisto. Chochas, patos y cercetas daban á Doniphan ocasión de demostrar su destreza, sin abandonar su perentoria obligación, no obstante observar que Gordon no veía sin pena lo que costaba la caza en plomo y pólvora, y de saber que quería economizar las municiones, cuya exacta cantidad tenía apuntada en su cartera.

—Doniphan, es preciso escatimar los

tiros, le dijo un día; se trata de nuestro interés para lo porvenir.

—Convenido, respondió Doniphan; pero es necesario también economizar las conservas en aras de ese mismo interés, pues de no hacerlo así, nos arrepentiríamos de ello, si se presenta algún día la ocasión de dejar la isla...

—¡Dejar la isla! dijo Gordon. ¿Somos capaces acaso de construir un buque que pueda hacerse á la mar?

—¿Y por qué no? Hemos de intentarlo, para el caso de que se encuentre por aquí algún continente... No tengo yo ganas de morir en este desierto, como el compatriota de Briant.

—Bien está, respondió el americano; pero á pesar del deseo que tenemos todos de partir, no estará demás que nos habituemos á la idea de vernos obligados á permanecer aquí años y años.

—¡No desmientes tu carácter, Gordon! exclamó Doniphan. Estoy cierto de que te gustaría mucho fundar en estos parajes una colonia...

—Sin duda, si no se puede otra cosa.

—¡Ya lo creo! Mas juzgo que no serán muchos de tu parecer, ni siquiera tu amigo Briant.

—Ya tendremos tiempo de discutir esta cuestión, replicó Gordon. Y á propósito de Briant, permíteme que te diga que no te portas bien con él. Es un buen compañero, que nos ha dado muchas pruebas de cariño...

—¡Cómo no! replicó Doniphan con el tono desdeñoso peculiar en él. Briant tiene todas las buenas cualidades. Es una especie de héroe...

—No, Doniphan. Tiene defectos, lo mismo que nosotros; pero tus sentimientos respecto de él pueden traer una desunión que haría mucho más penosa nuestra existencia. Briant es estimado de todos...

—¡Oh, de todos! Mucho decir es eso.

—Lo es de la mayor parte, y no sé por qué Wilcox, Cross, Webb y tú no queréis hacer caso de nada de lo que dice. Es una observación amistosa la que te hago, Doniphan, y estoy cierto de que reflexionarás acerca de ella...

—Ya está hecho, Gordon.

El americano conoció bien claramente que aquel orgulloso muchacho estaba poco dispuesto á seguir sus consejos, y esto le

afligía mucho, haciéndole prever grandes disgustos para el porvenir.

Ya hemos dicho que la descarga de la balsa necesitó tres días, y que una vez terminada esta operación, no les quedaba otro quehacer sino el de desbaratar aquella embarcación, cuyas maderas y tablas podían utilizarse en el interior de *French-den*.

Desgraciadamente, no cupo todo el material en la cueva; y si ésta no se podía agrandar, tendría que construirse un so-techado para poner los fardos al abrigo de la intemperie. Mientras tanto, siguiendo los consejos de Gordon, aquellos objetos fueron amontonados en el ángulo del contrafuerte y cubiertos con lonas embreadas.

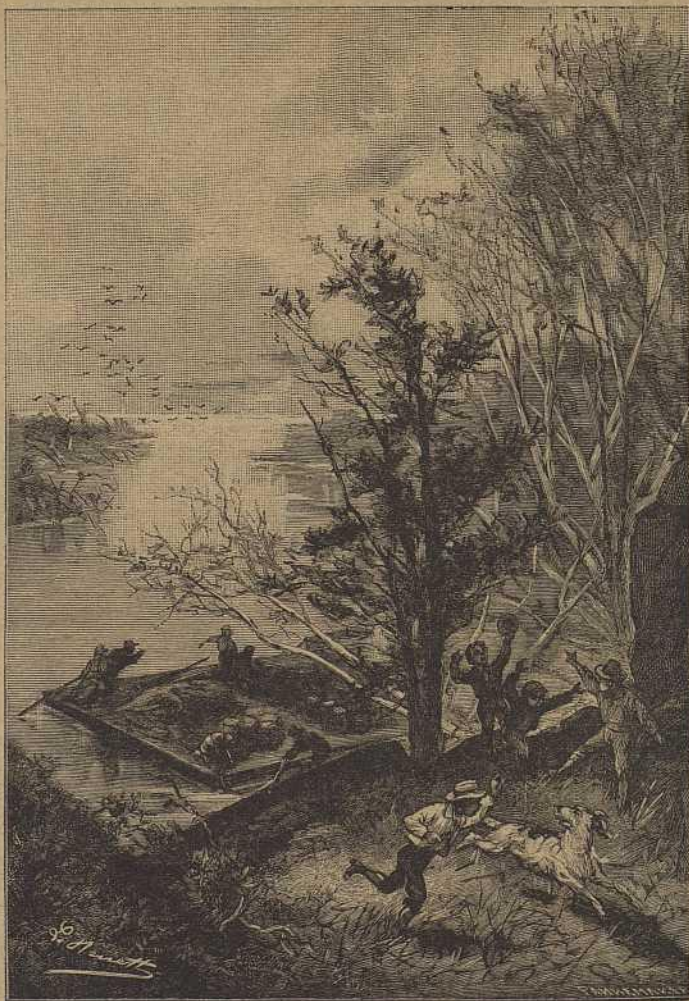
El día 13, Baxter, Briant y Mokó procedieron á la armadura de la hornilla, que, arrastrada sobre maderos redondos hasta el interior de la gruta, fué instalada junto á la pared de la derecha, cerca de la entrada, para que el tiro se efectuase en mejores condiciones. La colocación del tubo presentó alguna dificultad; pero como las paredes eran de piedra caliza no muy sólida, Baxter llegó á perforarla, y pudo ajustar perfectamente el cañón de la chimenea para facilitar la salida del humo. Por la tarde, Mokó encendió lumbre, viendo con gran satisfacción que la hornilla funcionaba á las mil maravillas.

Durante la semana siguiente, Doniphan, Webb, Cross, Service, Wilcox y Garnett pudieron satisfacer sus aficiones de cazadores. Un día que se internaron en el bosque de abedules y hayas, á media milla de *French-den*, hacia el lago, encontraron en algunos sitios indicios seguros del trabajo del hombre, pues hallaron zanjas cubiertas con ramaje y bastante profundas, para que los animales que cayesen en ellas no pudieran salir; pero el estado de aquellas zanjas las denunciaba como muy antiguas, y una de ellas encerraba los restos de un animal cuya especie era difícil clasificar.

—Son huesos de una bestia de gran tamaño, dijo Wilcox saltando al fondo y sacando aquellos restos blanqueados por el tiempo.

—Son los huesos de un cuadrúpedo, añadió Webb; aquí están las cuatro patas.

—Como no sea que los haya aquí de cinco, respondió Service; en este caso se-



El desembarque se verificó en medio de la alegría de los pequeños.

ría un carnero ó una ternera fenomenal.

—Siempre te estás burlando, Service, dijo Cross.

—Las bromas inocentes no están prohibidas, dijo Garnett.

—Lo cierto es, repuso Doniphan, que esta bestia debía ser grande. ¡Mirad qué cabeza y qué mandíbulas armadas con sus colmillos! Service puede bromear cuanto quiera; pero si este animal resucitara, me parece que nuestro jocosos compañero no tendría ganas de reír.

—¡Bien contestado! exclamó Cross, dispuesto siempre á apoyar á su primo.

—¿Supones, pues, preguntó Webb á Doniphan, que se trata de un carnívoro?

—No cabe duda.

—¿Un león? ¿Un tigre?... dijo Cross, no muy tranquilo.

—Si no es un tigre ó un león, es, por lo menos, un jaguar ó un conguar.

—¡Será preciso andar alerta! dijo Webb.

—¡Y no aventurarnos demasiado lejos! añadió Cross.

—¿Lo oyes, Phann? dijo Service, volviéndose hacia el perro. Hay fieras aquí.

Phann respondió con un alegre ladrido, que no demostraba ninguna inquietud.

Nuestros cazadores se dispusieron á volver á su morada.

—Se me ocurre una idea, dijo Wilcox; y es la de que, si volviésemos á cubrir esta zanja, tal vez algún otro animal se dejaría coger en la trampa.

—Como quieras, respondió Doniphan; aunque me gusta más tirar á los animales en libertad que cogerlos en un foso.

Wilcox, llevado por su afición de armar



Baxter perforó la pared para dar salida á los humos de la estufa.

lazos, se apresuró á poner en práctica la idea. Sus compañeros le ayudaron cortando follaje y ramas, y colocando los palos más largos atravesados, disimulando después completamente con las hojas la abertura de la zanja. Para reconocer el sitio, Wilcox fué rompiendo algunas ramas hasta la orilla del bosque, y hecho esto, volvieron todos á la gruta.

La caza de pluma abundaba, abasteciendo la mesa de nuestros isleños. Además de las avutardas y de las perdices, se veía gran número de martinetes, cuyo plumaje, lleno de lunarcitos blancos, se parece al de las pintadas; y en cuanto á la caza de pelo, se componía de *tucutucos*, especie de roedores que podían reemplazar ventajosamente al conejo; de *maras*, liebres de un gris rojizo, con una media luna negra

encima del rabo, cuya carne se parece mucho á la del aguti; de *pichis*, mamíferos de piel escamosa, que ofrece un alimento de sabor delicioso; de *pecaris*, que se parecen á pequeños jabalíes, y de *guaçulis*, iguales á los ciervos en cuanto á agilidad.

Doniphan mató algunos de estos animales; pero como era bastante difícil aproximarse á ellos, el consumo de plomo y de pólvora no estaba en relación con los productos, con gran disgusto del joven cazador.

Gordon le hizo ciertas observaciones, que ni sus compañeros ni él tuvieron en cuenta.

Durante estas excursiones, no dejaron tan laboriosos jóvenes de hacer un buen acopio de dos preciosas plantas reconocidas por Briant en su primera expedición

al lago: apio silvestre y berros, cuyos tallos pequeños tienen excelentes condiciones antiescorbúticas, y desde entonces estos vegetales figuraron como medida higiénica en todas las comidas.

No habiéndose helado aún la superficie del lago ni la del río, pescaron también algunas truchas y sollos que, como es sabido, son muy agradables al paladar, y no dejaban de abundar en aquellas aguas. Un día en que Iverson volvió triunfalmente llevando un magnífico salmón, con el que había luchado mucho tiempo, á trueque de romper las cañas, exclamaron sus compañeros:

—Si en la época en que esté pescado remonta el río pudiéramos coger algunos, ¡qué buena cosa sería para el invierno!

Como es de suponer, nuestros incansables cazadores hicieron varias visitas á la trampa sin ningún resultado; pero un día, el 17 de Mayo, en que Briant y algunos otros fueron al bosque con objeto de ver si cerca de la gruta encontraban alguna cavidad natural que sirviera de almacén para los materiales, sucedió que, pasando cerca de la zanja, oyeron unos gritos guturales que salían de allí.

Briant se dirigió en seguida hacia aquel lado, mas le alcanzó Doniphan, que no quería nunca dejarse adelantar por nadie; los demás seguían á algunos pasos de distancia con las escopetas preparadas, mientras que Phann andaba con las orejas caídas y el rabo tieso.

Cuando estuvieron á unos veinte pasos del foso, los gritos redoblaron, y vieron entre las ramas un agujero bastante grande, producido sin duda por la caída del animal que dentro de la zanja estaba.

No sabiendo á qué especie pertenecía, era preciso estar preparados á todo evento.

—¡Anda, Phann, anda! gritó Doniphan.

El perro se lanzó en seguida ladrando, pero sin demostrar la menor inquietud.

Briant y Doniphan corrieron hacia la zanja, y cuando pudieron ver lo que era, exclamaron:

—¡Venid!... ¡Venid!...

—¿No es un jaguar? preguntó Webb.

—¿Ni un conguar? añadió Cross.

—No, respondió Doniphan: es un animal de dos pies; es un avestruz.

En efecto, así era, pudiendo felicitarse de que tales volátiles habitasen aquellos

bosques, porque su carne es excelente, sobre todo la pechuga.

Sin embargo, si no era dudoso que fuese un avestruz de mediana estatura, su cabeza, parecida á la del ganso, y sus plumas de un gris blancuzco, le acusaban como perteneciente á la especie de los *nandús*, tan numerosos en medio de las Pampas del Sur de América; y aun cuando el nandú no puede entrar en comparación con el avestruz africano, el hallado en la trampa honraba, no obstante, la fauna del país.

—¡Es preciso cogerle vivo! dijo Wilcox.

—¡Ya lo creo! exclamó Service.

—No será fácil, respondió Cross.

—Probemos, repuso Briant.

Si el vigoroso animal no había podido escaparse, fué porque sus alas no le permitían elevarse al nivel del suelo, y porque sus patas no podían agarrarse á las paredes verticales de la zanja. Wilcox bajó, con gran riesgo de recibir algún picotazo que hubiera podido herirle de alguna gravedad; pero tuvo la suerte de tirar su blusa á la cabeza del volátil con tan buena estrella, que el avestruz fué reducido á la más completa inmovilidad, siendo entonces fácil atarlo por las patas, y entre todos consiguieron sacarlo del foso.

—¡Por fin le tenemos! exclamó Webb.

—¿Y qué haremos con él?... preguntó Cross.

—¡Es muy sencillo! replicó Service, que no dudaba de nada. Le llevamos á *Frenchden*, le amansaremos, y nos servirá de montura. Me encargo de él, y obraré en un todo siguiendo el ejemplo de mi amigo Jack, el del *Robinson Suizo*.

Poco probable era utilizar el avestruz con arreglo á los deseos de Service, á pesar del precedente por él citado; pero como no había inconveniente en llevarlo á la gruta, así se verificó.

Cuando Gordon vió llegar al nandú, se asustó, tal vez pensando que era una boca más que alimentar; pero acordándose de que las hierbas y las hojas bastarían para su manutención, le hizo buena acogida. En cuanto á los pequeños, fué una alegría para ellos admirar aquel animal y acercarse á él después que le hubieron atado con una cuerda; y al saber que Service se proponía domesticarlo hasta el punto de poderlo montar, le hicieron prometer que los llevaría á la grupa.

—Sí, sí, lo haré, si sois buenos, amiguitos, respondió Service, á quien los niños miraban como á un héroe.

—¡Ya lo veremos! exclamó Costar.

—¡Cómo! ¿Tú también, Costar? replicó Service. ¿Te atreverías á montar sobre este animal?

—Detrás de ti y agarrándome bien... creo que sí.

—Acuérdate bien del miedo que tuviste cuando estabas encima de la tortuga.

—No es lo mismo, respondió el pequeño, porque éste á lo menos no se meterá debajo del agua.

—No; pero puede irse por el aire, dijo Dole.

Estas últimas palabras dejaron á los niños pensativos.

Desde su llegada á la gruta, Gordon habia organizado su vida y la de sus compañeros de una manera regular, y abrigaba el propósito de normalizar en lo posible, tan luego como la instalación fuese completa, las ocupaciones de cada uno, y sobre todo cuidar mucho de no dejar á los más pequeños abandonados á sí mismos. Sin duda que éstos se prestarían á ayudar á los mayores en la medida de sus fuerzas; pero ¿por qué no se habían de continuar las lecciones empezadas en el colegio Chairmán?

—Tenemos libros que nos permiten proseguir nuestros estudios, dijo Gordon, y lo que hemos aprendido y aprenderemos aún, justo es que se lo enseñemos á los niños.

—Sí, tienes razón, respondió Briant; y si algún día Dios permite que abandone-mos esta isla y que volvamos al seno de nuestras familias, demostremos que no hemos perdido el tiempo.

Convinieron, pues, en que se redactaría un programa, y que después de sometido á la aprobación general, se seguiría escrupulosamente.

La idea era excelente: en los largos días de invierno, cuando ni grandes ni pequeños pudieran salir de la gruta, bueno sería que se ocupasen en algo y con provecho para su inteligencia; pero mientras tanto, lo que más incomodaba á los huéspedes de *French-den* era la estrechez de la única habitación que tenían, en la que estaban amontonados; era, por lo tanto, preciso consagrarse, sin dilación, á buscar los medios de agrandarla.

IV

Ensanche de «French-den.» — Ruido sospechoso. — Desaparición del perro. — Reparación de éste.—Apropiación y mudanza del «hall.»—Mal tiempo.—Nombres dados á las diversas partes del territorio.—La isla Chairmán.—El jefe de la colonia.

Durante las últimas excursiones, nuestros jóvenes cazadores habían examinado muchas veces, y en todos sentidos, el acantilado, con la esperanza de encontrar alguna otra excavación que les sirviese de almacén en donde poder encerrar los géneros y el material que habían tenido que dejar fuera; mas como estas indagaciones no dieron ningún resultado favorable, les fué preciso volver á su primera idea, es decir, á la de añadir algunas habitaciones á la cueva de Francisco Baudoin.

Si las paredes de aquella gruta fueran de granito, aquellos niños no hubieran podido hacer de ningún modo semejante trabajo; pero en una piedra caliza que el pico ó el azadón desmoronarían sin grandes dificultades, les era fácil realizar su intento. La duración de la obra importaba poco, antes bien les daría ocupación para algún tiempo, y hecha con cierta parsimonia, podrían terminarla sin grandes fatigas y sin riesgos, disminuyéndose las probabilidades de producirse derrumbamientos ni filtraciones.

No había necesidad de hacer barrenos, toda vez que las herramientas bastarían, como habían bastado para perforar la pared y colocar el tubo de la hornilla. Además, Baxter, no sin gran trabajo en verdad, había ensanchado la abertura de la cueva lo bastante para cerrarla con una de las puertas del *Sloughi*, abriendo también á derecha é izquierda de la entrada dos ventanas que permitían que circularsen el aire y la luz con más facilidad en el interior de la gruta.

Hacia ya una semana que el mal tiempo se dejaba sentir, produciéndose violentas borrascas en la isla; mas gracias á su orientación, *French-den* no se resintió por ello.

Como los cazadores estaban casi ociosos por no tener más caza que algunas

aves acuáticas en las cercanías del lago, no congelado aún, pero próximo á estarlo, aprovecharon los malos días para emprender el trabajo de que hemos hablado antes, y el 27 de Mayo atacaron con el pico la pared de la derecha.

—Excavando en dirección oblicua, dijo Briant, es posible que desemboquemos hacia la parte del lago y consigamos así otra entrada á la gruta, cosa que nos ofrecería la ventaja de guardar mejor los alrededores, y la no menor de poder salir por un lado si el temporal no nos lo permitiese por el otro.

Cuarenta y cinco pies, á lo sumo, separaban la cueva del sitio indicado, no teniendo más que hacer una galería en aquella dirección, con ayuda de la brújula, y Baxter propuso abrirla algo estrecha para no producir derrumbamientos, dejando su ensanche para cuando la profundidad pareciera suficiente. De este modo reunirían las dos habitaciones por un corredor que podría cerrarse en sus dos extremos, y en el que abrirían lateralmente una ó dos cuevas.

Este plan era el mejor, teniendo, entre otras ventajas, la de facilitar con prudencia el sondeoamiento del macizo, cuya perforación podía abandonarse con tiempo si se produjera alguna filtración.

Desde el 27 al 30 de Mayo, el trabajo se hizo en buenas condiciones, y como la piedra era muy blanda, fué preciso dar solidez á las paredes de la galería por medio de tablas, lo que no dejó de ser bastante embarazoso y difícil. Aun cuando no todos los muchachos podían ocuparse en aquella obra, á causa de la estrechez del sitio, no por eso estaban ociosos. Gordon y algunos de sus compañeros se entretenían en concluir de desbaratar la balsa, con el fin de que la plataforma y los maderos pudiesen destinarse á otros usos, no sin cuidar al mismo tiempo de los objetos amontonados en el ángulo del contrafuerte, pues las lonas, á pesar de estar embreadas, no los preservaban por completo de la humedad.

La abertura de la galería se hacía con mucha lentitud. Cuando tenía cuatro ó cinco pies de largo, un incidente inesperado llamó poderosamente la atención de los pequeños trabajadores, en la tarde del día 30 de Mayo.

Briant, acurrucado en el extremo de la misma, creyó oír un ruido sordo, que parecía provenir del interior de la piedra que perforaban, y suspendiendo su trabajo para escuchar con más atención, el ruido llegó distintamente á su oído.

Salir del agujero, ir en busca de Gordon y Baxter, y darles parte de lo que ocurría, fué obra de un instante.

—¡Ilusión! respondió Gordon. Has creído oír...

—Colócate donde yo estaba, dijo Briant; aplica el oído á la pared, y escucha.

Gordon se introdujo en la galería, saliendo algunos instantes después exclamando:

—No te has equivocado. He oído así como unos gruñidos lejanos.

Baxter escuchó á su vez, diciendo al salir:

—¿Qué será?

—No puedo comprenderlo, respondió el americano; es necesario avisar á Doniphan y á los demás.

—A los pequeños no, añadió Briant, pues tendrían mucho miedo.

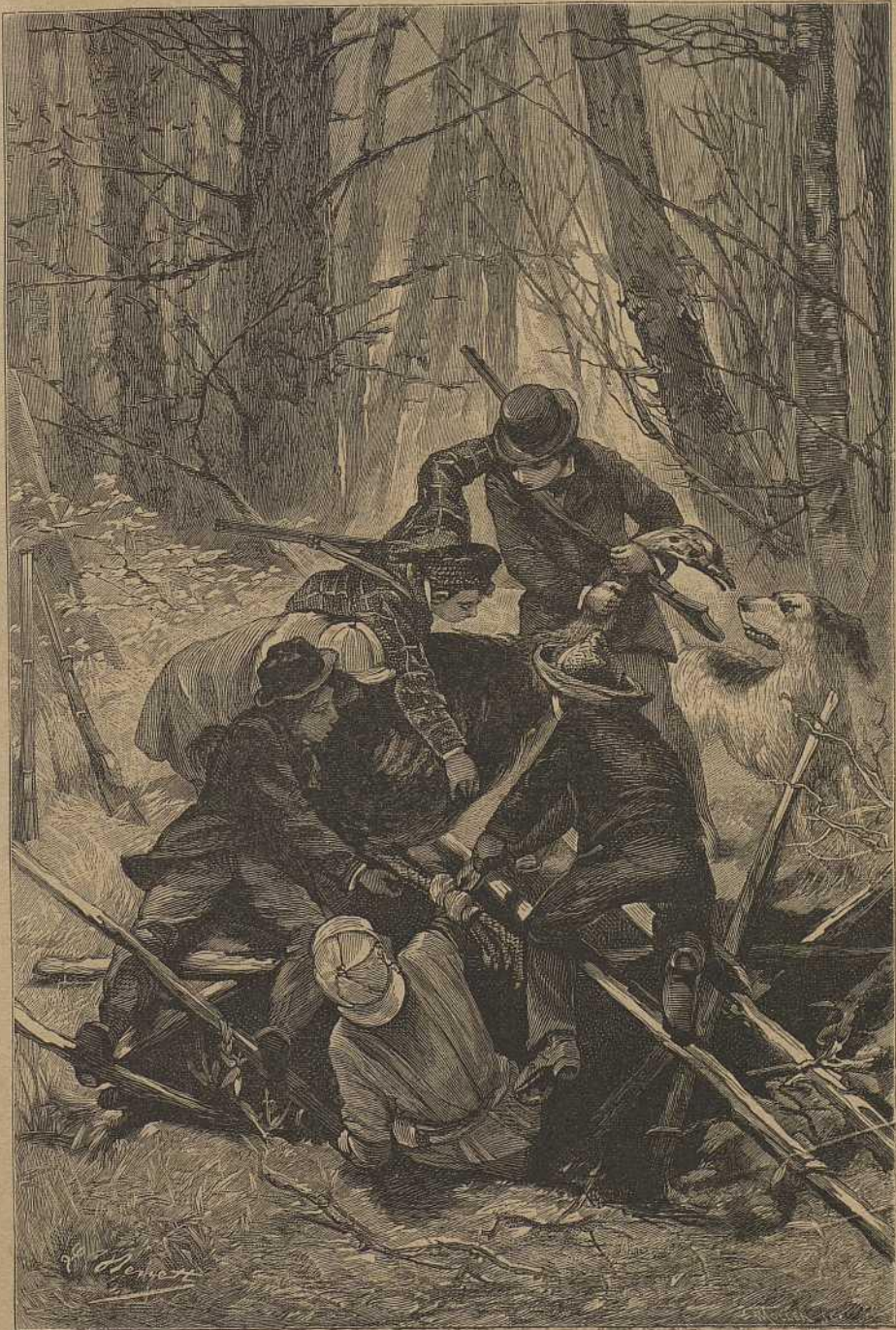
Pero como en este momento acababan todos de entrar para comer, los chiquitines se enteraron de lo que ocurría, cosa que les causó gran sorpresa.

Doniphan, Wilcox, Webb y Garnett penetraron sucesivamente en la galería, mas no oyeron nada: el ruido había cesado, y creyendo que sus compañeros habían padecido un error, decidieron, no obstante las protestas de Briant y los otros, continuar el trabajo, como lo hicieron en el instante mismo en que concluyeron la comida.

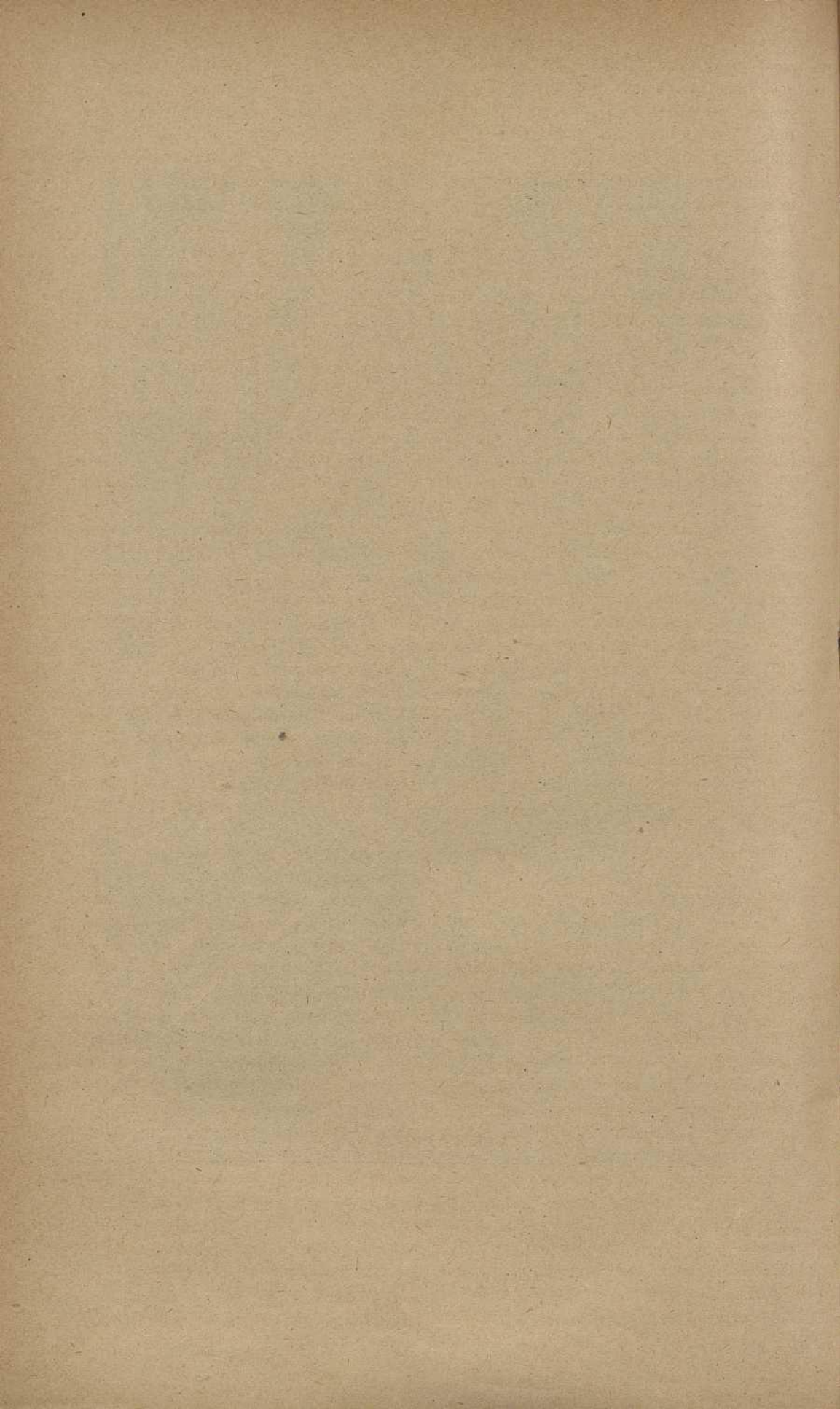
Durante toda la tarde nada volvieron á oír; mas á eso de las nueve de la noche los gruñidos empezaron de nuevo, atrayendo la atención de *Phann*, que entrando en la galería, salió al poco tiempo con el pelo erizado, los labios contraídos hasta enseñar los dientes y ladrando con fuerza, cual si contestara á los gruñidos, que se dejaban oír perfectamente.

Los pequeños que, ya sorprendidos, habían experimentado algún susto, viendo al perro de aquel modo, fueron presa de un verdadero espanto.

Los que saben que la imaginación de los niños ingleses está influida por la acción de esas leyendas tan familiares á los



—Por fin lo tenemos! exclamó Webb.



países del Norte, en las que figuran trasgos, duendes, gnomos, silfos, ondinas y genios, no extrañarán les digamos que Dole, Costar, Jenkins é Iverson estaban sobrecogidos de espanto.

Briant procuró tranquilizarlos en cuanto le fué posible, obligándoles á acostarse; y si se durmieron, fué muy tarde, no sin saberse, cuando despertaron, que habían soñado con fantasmas, espectros y seres sobrenaturales que habitaban, según los acongojados niños, en las profundidades del acantilado.

Gordon y los demás continuaron hablando en voz baja de aquel extraño fenómeno; escuchando sin cesar, se aseguraron de que no dejaba de reproducirse el fenómeno, y observaron que *Phann* persistía en sus manifestaciones de grande irritación.

Por fin, dominados por la fatiga, se acostaron todos, excepto Briant y Mokó, que continuaron velando, y un silencio profundo comenzó á reinar en la cueva de Francisco Baudoin.

Al día siguiente se levantaron todos muy temprano. Baxter y Doniphan, notando que el perro iba y venía sin mostrar inquietud, penetraron en la galería; pero nada oyeron.

—Pongámonos á trabajar, dijo Briant.

—Sí, respondió Baxter; tiempo habrá de suspender las labores si sobreviene algún percance.

—¿No sería posible, observó Doniphan, que el ruido que tanto nos ha alarmado haya sido producido por el murmullo de algún manantial?

—No, dijo Wilcox; pues si así fuera, se continuaría oyendo, y ya ves que ahora no se oye nada.

—Es de sospechar, respondió Gordon, y yo me inclino á creerlo así, que semejante ruido provenga sencillamente del viento que entra por algunas aberturas que haya en la cresta del acantilado.

—Subamos á la meseta, dijo Service, y tal vez las descubramos.

La proposición fué aceptada.

A unos cincuenta pasos, bajando el ribazo, había un sendero que facilitaba la subida á las rocas. En pocos instantes, Baxter y otros dos ó tres subieron y avanzaron hasta colocarse encima de *French-den*; pero fué trabajo inútil, porque no en-

contraron ninguna hendedura que pudiese dar paso al aire, y cuando bajaron, estaban tan á oscuras como al principio respecto á aquel extraño fenómeno, que los pequeños creían ser cosa del otro mundo, y que tanto les aterraba.

El trabajo de perforación siguió, sin que nada ocurriera de particular.

Por la tarde, Baxter notó que desde hacía pocos momentos la pared, al ser golpeada, ofrecía un sonido tal, cual si estuviese hueca. ¿Existiría quizás alguna cavidad natural á través de la galería, siendo allí donde se produjera el ruido que tanto les llamó la atención? La hipótesis de una segunda excavación contigua á *French-den* no tenía nada de inadmisibile, y era de desear que se comprobara, porque les ahorraría mucho trabajo y mucho tiempo.

Alentados por tan consoladora esperanza, continuaron sus labores aquel día con más ardor que nunca, y tanto, que al sentarse al anochecer para cenar, se hallaban cansadísimos y sin ganas de hablar la más mínima palabra.

El perro no estaba con ellos.

Por lo regular, á las horas de la comida *Phann* no faltaba nunca ni dejaba de colocarse al lado de su amo. Aquella noche su sitio se veía vacío, y al notarlo, el americano comenzó á llamarle; pero el perro no acudió.

Gordon salió en seguida al umbral de la puerta, y continuó llamándole.

Silencio completo.

Doniphan y Wilcox corrieron entonces, el uno hacia el lago, y el otro en dirección á la orilla del río, y le buscaron por todas partes en vano.

Phann no se encontró.

Seguramente, el perro no oía la voz de su amo, porque, en caso contrario, hubiera acudido inmediatamente. ¿Se habría extraviado? No era posible ni sospecharlo siquiera. ¿Había perecido peleando con alguna fiera? Podía ser, y de todas las explicaciones de su desaparición, esa aparecía la más aceptable, si bien al mismo tiempo la más triste; pero eran las nueve de la noche, y como una profunda oscuridad envolvía el espacio, resolvieron dejar las investigaciones para después que amaneciera el inmediato día.

Todos se hallaban muy inquietos y al-

tamente disgustados, pensando que aquel inteligente animal, á quien tanto querían y que tan útil podría serles, había tal vez desaparecido para siempre.

Unos se tendieron en sus camas, otros se sentaron al lado de la mesa; pero ninguno se acordaba de dormir: les parecía que estaban más solos, más aislados aún que antes, más alejados todavía de su país y de sus familias.

De repente, en medio del silencio de la noche, nuevos gruñidos prolongados se dejaron oír, con la circunstancia de que esta vez parecían más bien aullidos de esos en que prorrumpan los animales á impulsos del dolor, que rugidos de amenaza, como los que lanzan las fieras en presencia del enemigo á quien tratan de intimidar.

—¡Allí es, allí!... exclamó Briant entrando en la galería.

Todos se levantaron cual si hubiesen visto una aparición, y el espanto se apoderó de nuevo de los pequeños, que se cubrían la cabeza con las mantas.

Briant salió del agujero diciendo:

—Es preciso que haya allí una cueva cuya entrada esté al pie de las rocas.

—Y en la que es probable que algunos animales se refugien de noche, exclamó Gordon.

—Así debe ser, replicó Doniphan; mañana mismo iremos á buscarla.

En aquel momento se oyó un fuerte ladrido, y al mismo tiempo aullidos que partían, al parecer, del interior de la piedra que perforaban.

—¿Estará *Phann* allí, exclamó Wilcox, peleando con alguna fiera?

Briant, que acababa de volver á la galería, escuchó con el oído pegado á la pared, y nada oyó: los ruidos habían cesado.

Pero, ya fuese que *Phann* estuviera allí ó no, es indudable que existía una segunda excavación, comunicando con el exterior por medio de algún agujero, tapado quizás por malezas enredadas en la base del acantilado.

La noche pasó sin dejarse oír ruido alguno.

Al amanecer, las indagaciones emprendidas hacia el lago y del lado del río no dieron más resultado que las practicadas anteriormente en la meseta de las rocas; y aunque llamaron por todas partes al pe-

rro, éste no se dejó ver por ningún lado.

Briant y Baxter se pusieron de nuevo á trabajar con tanto afán, que el pico y el azadón no descansaban. Durante la mañana, la galería ganó dos pies más de longitud. De cuando en cuando, los muchachos se detenían y escuchaban; pero ya no se oía ningún ruido.

El trabajo, interrumpido á las doce para almorzar, empezó de nuevo una hora más tarde, si bien se habían tomado todas las convenientes precauciones para el caso en que un golpe de pico reventase la pared y diera paso á algún animal. Los pequeños se colocaron al lado del ribazo, y Doniphan, Wilcox y Webb, con escopetas y revólvers en las manos, estaban pronto á cualquier evento.

A eso de las dos, Briant dió un grito. Su pico acababa de atravesar la piedra caliza, que se derrumbó en parte, dejando ver una abertura bastante ancha.

Y el joven salió, reuniéndose á sus compañeros, que no sabían qué pensar; pero antes de que abriera la boca para hablar, se oyó un fuerte roce por las paredes de la galería, y un animal se lanzó en la habitación de *French-den*.

Era *Phann*.

Si, *Phann*, que en seguida se abalanzó á un cubo de agua y se puso á beber con avidez. Luego, meneando la cola, y sin ninguna muestra de irritación, vino á saltar alrededor de su amo.

No había, pues, nada que temer ya.

Briant tomó entonces un farol y se introdujo en la galería. Gordon, Doniphan, Wilcox, Baxter y Mokó le siguieron. Un instante después, habiendo pasado por el orificio producido por el derrumbamiento, se encontraron en medio de una sombría excavación, en la que no penetraba ningún rayo de luz.

Era otra cueva igual á *French-den* en longitud y latitud, pero mucho más profunda, y cuyo suelo estaba cubierto de una arena finísima en una superficie de cincuenta metros cuadrados.

Al pronto, temieron que el aire de aquella caverna no fuera respirable; pero no debía ser así, puesto que la luz del farol brillaba en toda su intensidad, y claro es que aquella atmósfera debía estar en movimiento, dado que se comunicaba con el exterior por medio de alguna abertura.



Doniphán, Wilcox y los otros muchachos no encontraron ninguna abertura.

¿Cómo, si así no fuese, había penetrado *Phann* en ella?

En aquel momento Wilcox tropezó con un cuerpo inerte, y tocándolo con la mano, observó que estaba frío.

Briant acercó la luz.

—¡Es un chacal exclamó Baxter.

—Sí; es, en efecto, un chacal estrangulado por nuestro valeroso *Phann*, replicó Briant.

—He aquí, pues, la explicación del ruido que oíamos, añadió el americano.

Pero si uno ó varios animales habían tomado aquella cueva para su habitual morada, ¿por qué abertura entraban en ella?

Era menester averiguarlo.

Briant salió, y andando al pie de las rocas, dió voces de vez en cuando hasta

que por fin respondieron á sus gritos los que salían del interior. De este modo descubrió una estrecha boca, oculta entre las malezas al ras del suelo, de la que se servían los chacales; pero como por la entrada vertiginosa de *Phann* en ella se había producido un desplome parcial en el orificio, interceptándolo, he aquí explicado por qué el perro no pudo volver al lado de su amo.

Ya en la cueva, ¡qué satisfacción tan intensa experimentaron nuestros jóvenes naufragos! Habían realizado sus deseos con gran ahorro de trabajo, pues se encontraron allí con una habitación ya hecha, y mejor que la que ellos proyectaban, como dijo Dole; una ancha gruta, desconocida por Francisco Baudoin.

Ensanchando la abertura, tendrían una

salida más conveniente para satisfacer todas las exigencias del servicio interior; así es que nuestros pequeños Robinsones, reunidos en la nueva caverna y llenos de júbilo, lanzaban al aire alegres hurras, á los que se unían los ladridos de *Phann*.

¡Con cuánto ardor pusieron manos á la obra para transformar la galería en un corredor practicable!

Esta segunda cueva, á la que dieron el nombre de *hall*, justificado por sus dimensiones, sirvió para encerrar provisionalmente el material, interin se abrían otras en las paredes laterales del corredor. Se destinaria también á dormitorio y gabinete de trabajo, mientras que la primera pieza se reservaría para cocina, comedor y despensa; pero como proyectaban también hacer de ella el definitivo almacén general, Gordon propuso darle el nombre de *Store-room*, esto es, local para las provisiones, ó almacén; nombre que se adoptó por unanimidad.

En seguida procedieron á la mudanza de las camas, que fueron simétricamente colocadas en el *hall*, en donde no faltaba anchura. Arreglaron también el mobiliario del *Sloughi*; divanes, sillones, mesas, armarios, etc., y, lo que era más importante aún, las estufas del comedor y del salón del yate, para caldear con ellas tan vasta habitación. Baxter fué después el encargado de colocar una puerta en la nueva entrada y de abrir dos ventanas que dieran suficiente luz al *hall*, alumbrado por la noche con un farol pendiente de la bóveda.

En estos arreglos consumieron quince días, y tiempo era ya de que concluyesen, porque si bien el frío no parecía aún extremado, la atmósfera se agitaba con tanta violencia, que se prohibió toda salida.

En efecto; la fuerza del viento era tal, que á pesar del abrigo de las rocas, levantaba las aguas del lago como si hubiera sido el mar. A veces, el río, empujado por la borrasca, amenazaba cubrir el ribazo y extenderse hasta el contrafuerte; pero como, por fortuna, ni *Store-room*, ó primera cueva, ni el *hall*, ó sea la segunda, se encontraban directamente expuestas á los furiosos del aire, que soplabá del Oeste, las estufas y la cocina, alimentadas con leña muy seca, de la que habían hecho gran acopio, funcionaron perfectamente.

Gracias á Dios, habiendo encontrado á tiempo aquel nuevo abrigo, las provisiones no tenían nada que temer de la inclemencia del tiempo ni de la humedad, pues aquellas grutas estaban perfectamente oreadas y enjutas.

Gordon y sus compañeros, reclusos á la sazón en aquellas habitaciones por causa de la crudeza de la estación, tuvieron sobrado tiempo para arreglar su morada, poniéndola condiciones de abrigo y comodidad. Ensacharon el corredor y abrieron dos caramanchones, destinando uno de ellos, cerrado con puerta, para las municiones, á fin de evitar todo peligro de explosión.

Aunque los cazadores no podían cazar más que alguna que otra ave acuática, de las que Mokó no acertaba nunca á quitar el gusto á cieno, provocando esto protestas ó bromas, la comida estaba asegurada.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que un rincón de *Store-room* había sido reservado para el nandú, mientras se le construyese un cercado fuera.

Una vez completa la instalación, Gordon acariciaba el pensamiento de redactar un programa, al que tendrían que someterse todos, una vez aprobado por mayoría, cual si fuese la ley que rigiera aquella pequeña sociedad ó colonia.

Después de la vida física, era preciso pensar en la intelectual, máxime cuando ignoraban lo que podría durar su estancia en aquella isla; y si por fortuna llegaran algún día á abandonarla, ¡qué satisfacción experimentarían por haber aprovechado el tiempo! Cierto es que carecían de maestros; pero con los libros de la biblioteca del *schonner* podían los mayores aumentar sus conocimientos, consagrándose al mismo tiempo á la enseñanza de los pequeños, resultando de aquí una ocupación en que emplearían útil y agradablemente las largas horas del invierno.

El día 10 de Junio, después de cenar, se hallaban todos reunidos en el *hall* alrededor de las estufas, que esparcían agradable calor, cuando la conversación recayó sobre la necesidad de dar nombres á las principales partes geográficas de la isla.

—Sería muy útil y muy práctico, dijo Briant.

—Sí, busquemos nombres, prorrumpió Iverson; y sobre todo, que sean bonitos.

—Así lo han hecho todos los Robinsones reales ó imaginarios, replicó Webb.

—Pero, compañeros, dijo Gordon: ¿qué creéis que somos nosotros?

—¡Un colegio de Robinsones! exclamó Service.

—Además, continuó el americano, dando nombres á la bahía, á los ríos, á los bosques, al lago, al acantilado, á los pantanos y á los cabos, nos será fácil reconocerlos.

Esta propuesta fué adoptada por unanimidad, y no pensaron desde aquel instante en otra cosa que en buscar en la imaginación nombres adecuados á cada punto.

—Ya tenemos *Sloughi-bay*, en la que encalló nuestro yate, dijo Doniphan, y me parece conveniente dejarle aquel nombre, al que estamos acostumbrados.

—Seguramente, dijo Cross.

—Lo mismo haremos con *French-den*, nuestra morada, añadió Briant, en recuerdo del pobre náufrago cuyo sitio ocupamos.

A esto no se hizo ninguna observación, ni aun siquiera por Doniphan, no obstante que la propuesta había sido hecha por Briant.

—Y ahora, dijo Wilcox, ¿cómo llamaremos al río que desemboca en *Sloughi-bay*?

—*Zealand*, propuso Baxter; este nombre nos recordará el de nuestro país.

—¡Adoptado! ¡Adoptado!

—¿Y el lago? preguntó Garnett.

—Puesto que el río ha recibido el nombre de *Zelandia*, dijo Doniphan, demos al lago uno que nos recuerde á nuestras familias, y llamémosle *Family-lake* (lago de la familia).

Y se admitió por unanimidad.

Como se ve, el acuerdo era completo, y obedeciendo á un patriótico sentimiento, dieron por nombre *Auckland-hill* (colina de Auckland) al acantilado. En cuanto al cabo desde lo alto del que Briant había creído descubrir el mar al Este, se le llamó, por su indicación, *False-sea-point* (punta del falso mar). Las demás denominaciones que se adoptaron fueron éstas:

Se llamó *Traps-woods* (bosque de las trampas) á la parte de la selva en que se había descubierto la zanja. *Bog-woods* (bosque de la hondonada) á la otra parte, situada entre *Sloughi-bay* y el acantilado. *South-moors* (pantanos del Sur) al lugar

pantanos que cubría toda la parte meridional de la isla. *Dike-creek* (arroyo de la calzada) al río en que encontraron la barrera hecha con piedras. *Wreck-coast* (costa de la tempestad) á la en que el yate había encallado, y, en fin, *Sport-terrace* (meseta del *sport*) al sitio rodeado por las orillas del río y del lago, formando delante del *hall* una especie de pradera, que sería destinada á los ejercicios que indicara el programa.

En cuanto á las demás partes de la isla, se les daría nombre á medida que se reconociesen y según los incidentes que se produjeran en ellos.

No obstante, les pareció bueno designar también con nombres propios los principales cabos marcados en el mapa de Francisco Baudoin. El del Norte se llamó *North-cape*, y el del Sur *South-cape*, y los tres que se encontraban al Oeste, sobre el Pacífico, *French-cape*, *Bristish-cape* y *American-cape*, en honor de las tres naciones francesa, inglesa y americana, representadas en la pequeña colonia.

¡Colonia, sí! Esta denominación fué propuesta para indicar que la instalación no tenía ya carácter provisional, siendo inspirada por Gordon, siempre preocupado más bien en organizar su vida en aquel dominio, que procurar salir de él. Estos pobres muchachos no eran ya los náufragos del *Sloughi*, sino los colonos de la isla. Pero ¿de qué isla? Era menester bautizarla también.

—¡Toma!... ¡Toma!... ¡Bien sé yo cómo deberíamos llamarla! exclamó Costar.

—¿Lo sabes tú? preguntó Doniphan.

—¡Bien por el pequeño Costar! exclamó Garnett.

—¡Sin duda la llamará la isla *Baby*! replicó Service.

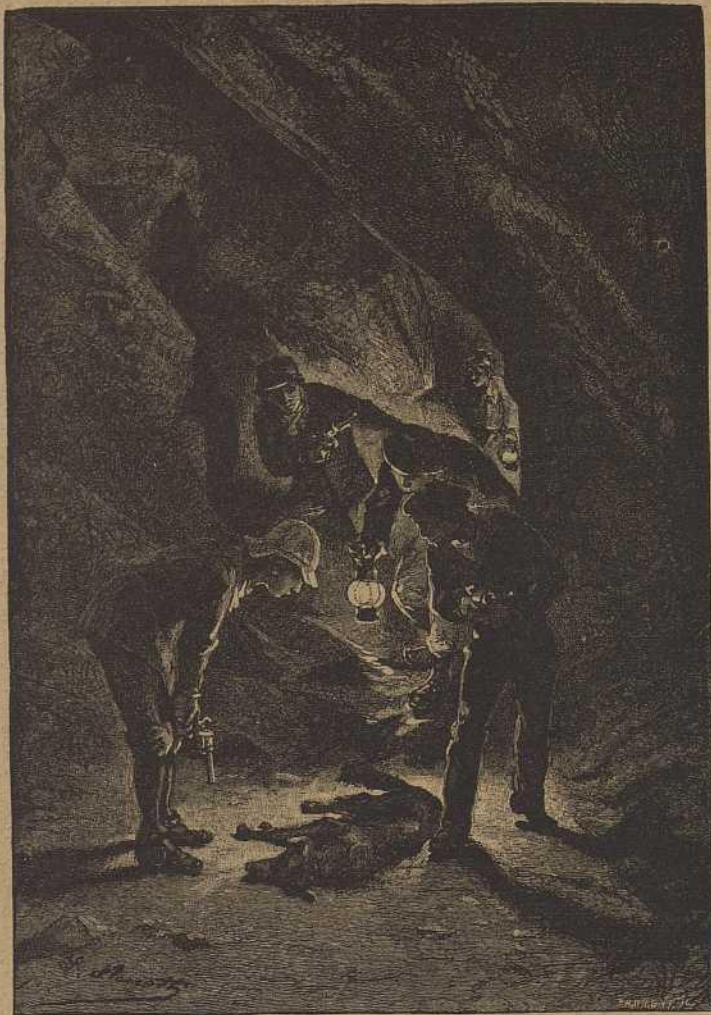
—¡Vamos, fuera bromas! dijo Briant. Veamos tu idea, Costar.

El niño no se atrevía ya á decirlo.

—Habla, Costar, habla, repuso Briant, animándole con el gesto. Estoy cierto de que tu idea es buena.

—Pues bien, dijo el niño; puesto que somos todos discípulos del colegio *Chairmán*, llamémosla *isla Chairmán*.

No se podía encontrar nombre más adecuado; así es que fué admitido por unanimidad, y Costar se mostró muy orgulloso de su triunfo.



—¡Es un chacal! exclamó Baxter.

Habiendo llegado la hora del descanso, iba á levantarse la sesión, cuando Briant pidió la palabra.

—Compañeros, dijo: ahora que hemos dado un nombre á nuestra isla, ¿no sería conveniente que eligiésemos un jefe para gobernarla?

—¿Un jefe? replicó con viveza Doniphan.

—Sí, pues me parece que estaríamos mejor si uno de nosotros tuviese autoridad sobre los demás. Lo que se hace en todas las naciones, ¿no puede hacerse también en la *isla Chairmán*?

—¡Sí, sí, un jefe, nombremos un jefe! exclamaron á la vez grandes y pequeños.

—Bien está, dijo entonces Doniphan; pero con la condición de que sea para un tiempo determinado, un año, ó...

—Y que pueda ser reelegido, añadió Briant.

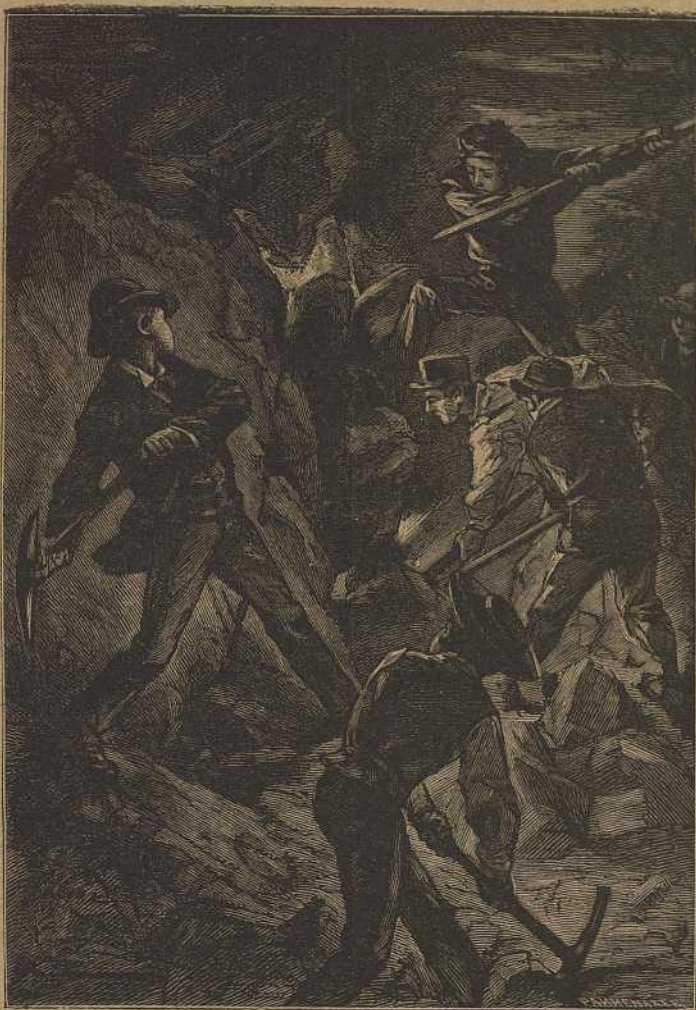
—Concedido. ¿Y á quién nombraremos? preguntó Doniphan con ansiedad.

El envidioso tenía el temor de que, si no le nombraban á él, la elección recayese sobre Briant. Pero se desengañó bien pronto.

—¿A quién nombraremos? replicó Briant. La elección no es dudosa. Al más cuerdo de todos: á nuestro querido compañero Gordon.

—¡Sí, sí!... ¡Bien dicho!... ¡Viva Gordon! ¡Vivaaa!...

El americano quiso rehusar el honor que le hacían, prefiriendo organizar á mandar. Sin embargo, reflexionando en la perturbación que las pasiones tan ardientes de aquellos muchachos, convertidos



¡Con qué ardor pusieron manos á la obra!

prematuramente en hombres por la acción de las circunstancias, podía ocasionar en lo sucesivo, se persuadió de que su autoridad no sería inútil.

Y he aquí cómo Gordon fué proclamado jefe de la infantil colonia de aquella isla.

V

El programa de estudios.—Observancia del domingo.—Bolas de nieve.—Doniphan y Briant.—Grandes fríos. La cuestión de combustible.—Expedición á «Traps-woods.»—Excursión á la bahía «Sloughi.»—Focas y pingüinos.—Un castigo público.

El invierno había comenzado ya. ¿Cuál sería su duración? Cinco meses por lo me-

nos, si la isla se encontraba á más altura que Nueva Zelandia.

Las observaciones meteorológicas anotadas en la cartera de Gordon, eran: que el invierno, habiendo empezado en Mayo, es decir, dos meses antes que el Julio de la zona austral, correspondiente al Enero de la boreal, se podía calcular que concluiría á mediados de Septiembre.

Si á tal cálculo se unía el de que, fuera de ese periodo, las tempestades son muy frecuentes durante el equinoccio, no sería aventurado suponer que la vida de reclusión se alargaría, viéndose imposibilitados nuestros muchachos para emprender largas excursiones por el centro ó por los alrededores de la isla. Convencido de esto, Gordon creyó llegado el momento de organizar la vida interior en mejores condi-

ciones, y se dispuso á redactar un programa que rigiese las ocupaciones diarias.

Se suprimirían las prácticas del *faggisme*, de las que hemos hablado en la descripción del colegio Chairmán. Todos los esfuerzos del americano tendían á que sus subordinados se acostumbrasen á creerse ya hombres y á obrar como tales; así, pues, no habría ya *fags* en *French-den*, es decir, que los pequeños no tendrían obligación de servir á los mayores. Pero fuera de esto, se respetarían las tradiciones, que son, según el autor de la *Vida de colegio en Inglaterra*, la fuerza mayor de las escuelas inglesas.

En aquel programa se trazarían con claridad las obligaciones que correspondían á los pequeños, muy distintas, por cierto, de las de los mayores. Éstos, maestros y protectores; aquéllos, discípulos y protegidos.

Verdad es que no conteniendo la biblioteca de *French-den* más que un número restringido de obras científicas y algunas de viajes, los mayores no podrían proseguir sus estudios sino en parte muy pequeña; mas uniendo esto poco á lo que les ilustrarían las dificultades de la existencia, la lucha para proveer á sus necesidades y la precisión de ejercitar su juicio ó su imaginación ante las eventualidades de todas clases, aprendiendo á conocer lo que cuesta la vida, naturalmente podían y debían enseñar mucho, y he aquí por qué los mayores estaban llamados á ser profesores de los pequeños, teniendo para con ellos la obligación de enseñarles cuanto sabían.

Sin embargo, lejos de cansar á los niños con un trabajo impropio de su edad, habían de procurar ir aprovechando todas las ocasiones de ejercitar sus cuerpos, al par que cultivar sus inteligencias. Cuando el tiempo lo permitiese, y abrigándoles bien, les harían salir para que corriesen al aire libre, obligándoles á hacer algún trabajo manual con arreglo á las fuerzas de cada uno.

En suma, el programa fué redactado, inspirándose su autor en estos principios, que son la base de la educación anglosajona:

«Siempre que un trabajo sea necesario, hacedlo.

»No perdáis jamás la ocasión de hacer un esfuerzo posible.

»No eludáis ninguna fatiga, pues ninguna es inútil.»

Poniendo estos preceptos en práctica, el cuerpo se hace fuerte y el alma se vigoriza.

Y he aquí el reglamento, tal cual se sometió á la aprobación general:

Dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, trabajo en común en el *hall*. Cada uno á su vez, Baxter, Doniphan, Cross y Briant, de la quinta división, y Wilcox y Webb de la cuarta, darían lección á sus compañeros de tercera, segunda y primera. Les enseñarían Matemáticas, Geografía é Historia, ayudándose con las pocas obras de la biblioteca y sus anteriores estudios. De este modo no olvidarían lo que habían aprendido en el colegio. Además, dos veces á la semana, domingo y jueves, tendrían conferencia, es decir, que un asunto científico, histórico ó de actualidad, sería puesto á la orden del día, para que los mayores, hablando en pro ó en contra, discutiesen, resultando de aquí ilustración para todos y distracción general.

Gordon, como jefe de la colonia, haría respetar este programa, que no había de modificarse sino en caso de nuevas eventualidades.

Tomaron también algunas medidas respecto á la duración del tiempo. Tenían el calendario del *Sloughi* y los relojes de á bordo; pero era menester borrar cada día que pasaba y dar cuerda á estos últimos para que señalasen la hora exacta. Dos de los mayores fueron encargados de aquellos cuidados; Wilcox, de los relojes, y Baxter, del calendario; y ciertamente que en ambos se podía confiar.

En cuanto al barómetro y el termómetro, Webb debía apuntar diariamente los cambios observados.

Se convino también en que se escribiría un diario de todo lo que había ocurrido y ocurriese durante la estancia en la isla Chairmán.

Baxter aceptó esta obligación, y gracias á él, el diario de *French-den* estaría escrito con minuciosa exactitud.

Un trabajo no menos importante, y que no admitía dilación, era el lavado de las ropas, para el que afortunadamente no

faltaba jabón. Los niños se ensuciaban mucho cuando jugaban ó pescaban en las orillas del río, y no pocas veces les reñía Gordon por este motivo, amenazándoles con castigarlos. Esta era una labor que Mokó entendía perfectamente; pero no pudiendo hacerlo solo, por la gran cantidad de ropa que había que lavar, se acordó que los mayores ayudasen al grumete en aquella faena, para conservar en buen estado la lencería de *French-den*.

El día siguiente era domingo, y ya es cosa sabida el rigor con que se guardan esos días en Inglaterra y en América. La vida está como en suspenso en villas, pueblos y aldeas. Durante los domingos, está prohibida toda clase de diversiones ó distracciones, y esta regla se impone lo mismo á los niños que á las personas mayores.

¡Las tradiciones! ¡Siempre las famosas tradiciones!

Sin embargo, se convino en que los habitantes de la isla Chairmán se apartarian algún tanto de tal rigorismo, y aquel domingo los colonos se permitieron hacer una excursión por las orillas de *Family-Lake*; pero como hacía mucho frío, al volver después de dos horas de paseo, hallaron muy agradable la temperatura en el *hall* y muy sabrosa en *Store room* la comida caliente, de cuyo *menú* había cuidado con esmero el jefe de *French-den*.

La tarde terminó con un concierto, en el que el acordeón de Garnett hizo las veces de orquesta, mientras que los otros chicos cantaban con más ó menos afinación, pero siempre con un aplomo muy propio de la raza sajona. El único de esos niños que tenía verdaderamente una voz muy armoniosa, era Santiago; mas como por su inexplicable disposición de espíritu y su melancolía no tomaba parte en ninguna de las distracciones de sus compañeros, rehusó cantar, por más que se lo rogaron, una de aquellas canciones infantiles de las que tan pródigo se manifestaba en el colegio Chairmán.

Aquel domingo, que principió con una alocución del «reverendo Gordon,» como decía Service, terminó por una oración, y á las diez todos dormían con tranquilo sueño bajo la custodia de *Phann*, que no era mal centinela.

Durante el mes de Junio, el frío fué en

aumento; Webb hizo notar que el barómetro se sostenía en su indicación de veintisiete pulgadas, mientras que el termómetro centígrado señalaba de diez á doce grados bajo cero. En el momento en que mudaba el viento Sur á Oeste, los alrededores de *French-den* se cubrían de una espesa capa de nieve, y los pequeños colonos aprovechaban la ocasión para hacer bolas más ó menos grandes y armar con ellas una de aquellas batallas tan de moda en Inglaterra. Algunas cabezas se resintieron de semejante juego, y cierto día, uno de los peor librados fué Santiago, que no asistía á aquella diversión sino como mero espectador. Una bola lanzada con demasiada fuerza por Cross, le alcanzó, aunque no le fuese dirigida, y el golpe le arrancó un grito de dolor.

—¡No lo he hecho á propósito! dijo Cross.

—Ya lo supongo, replicó Briant, atraído por el grito de su hermano; pero haces mal en tirar con tanta fuerza.

—¿Y por qué, repuso Cross, Santiago se ha colocado en ese sitio, siendo así que no quiere jugar?

—¡Cuántas palabras para nada! exclamó Doniphan.

—Bien, bien, no es grave, respondió Briant, comprendiendo que Doniphan buscaba una ocasión de intervenir en la contienda; pero te ruego, Cross, que no lo repitas.

—En verdad que... replicó Doniphan con tono burlón; mas si confiesa no haber querido hacerlo...

—No sé por qué intervienes en esto, Doniphan, siendo así que la cuestión es exclusiva entre Cross y yo...

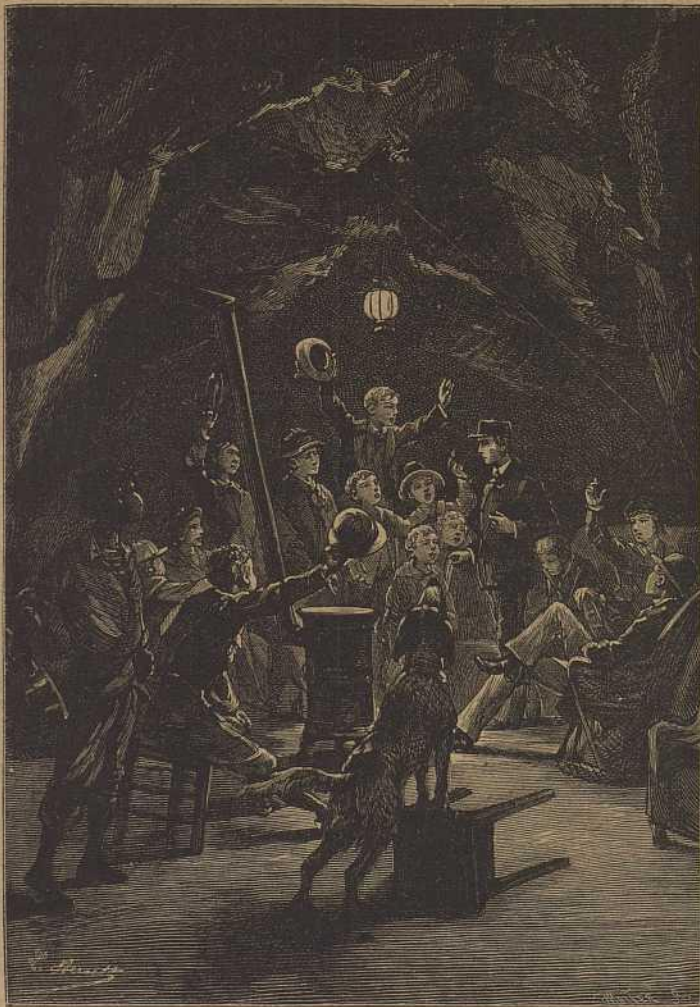
—Y también me afecta á mí, te replico, Briant, ya que lo tomas tan á pecho, respondió Doniphan.

—Como quieras, y cuando quieras, repuso Briant cruzándose de brazos.

—¡En seguida! exclamó Doniphan.

En aquel momento, Gordon llegó muy á propósito para impedir que aquella querrela concluyera por golpes. Culpó á Doniphan, que se sometió, entrando de pésimo humor en *French-den*; pero era de temer que algún nuevo incidente hiciera que los dos rivales vinieran á las manos.

La nieve no dejó de caer durante cuarenta y ocho horas. Para divertir á los ni-



—¡Viva Gordon! ¡Vivaaa!... exclamaron todos.

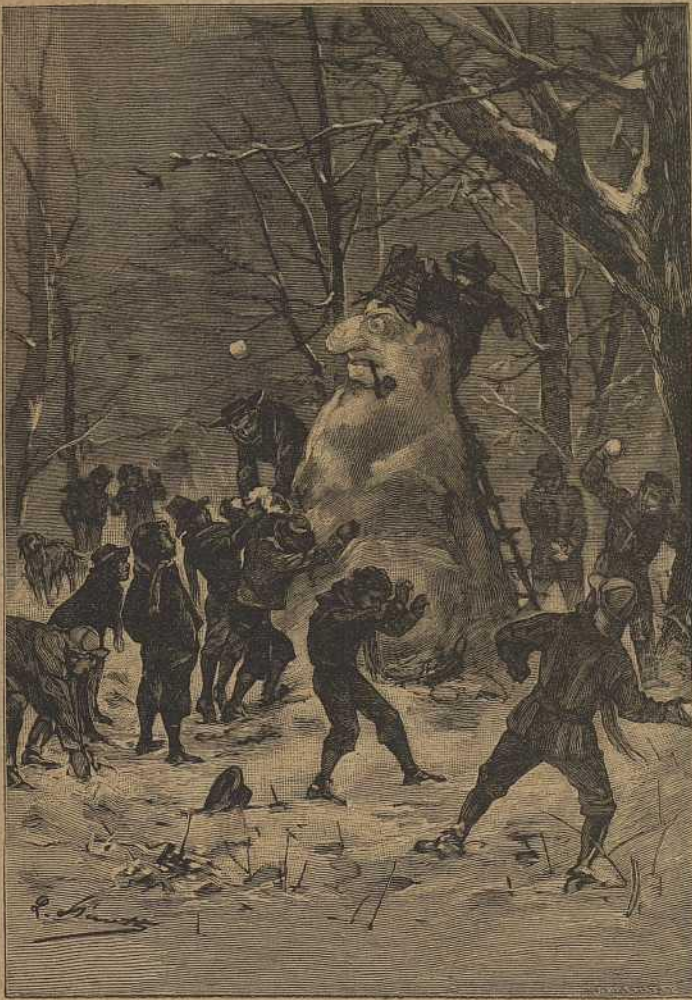
ños, Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza muy grande, una nariz enorme y una boca desmesurada; una cosa así como el ogro de los cuentos de Perrault. Y, debemos confesarlo: si durante el día Dole y Costar se atrevían á tirarle pelotazos, no lo miraban sin miedo cuando la oscuridad le daba formas gigantescas.

—¡Vaya con los cobardes! exclamaban Iverson y Jenkins, que se hacían los valientes, sin estar mucho más tranquilos que sus compañeros.

A fines de Junio fué preciso renunciar á toda diversión fuera de la gruta. La nieve alcanzó una altura de tres ó cuatro pies, y aventurarse siquiera á un centenar de pasos fuera de la gruta, hubiera sido arriesgarse á no volver.

Los jóvenes colonos estuvieron quince días completamente encerrados. Durante este tiempo se observó el programa estrictamente. Se dieron las conferencias en los días señalados para ellas, causándoles un verdadero placer, y no sorprenderá á nuestros lectores si les decimos que Doniphan, con su facilidad para discurrir y su instrucción, ya adelantada, ocupó el primer lugar. ¡Lástima que se mostrase tan orgulloso, pues dicho orgullo, con ser tan desmedido, echaba por tierra sus buenas cualidades!

Aunque, por efecto de la inclemencia del tiempo, aun en las horas de recreo permanecían en el *hall*, la salud de los niños no se resintió por eso, merced á la renovación del aire que se hacía de una á otra habitación por el corredor. La cuestión



Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza muy grande.

higiénica era de las más importantes; porque si uno de ellos enfermara, ¿cómo podrían prestarle los cuidados que hubiera de necesitar? Felizmente, no sucedió así, y aparte ligeros resfriados ó anginas leves, que algunos días de cama y bebidas calientes curaron con rapidez, nada grave ocurrió en la salud de los colonos.

Otra era la cuestión que les preocupaba en alto grado. El agua necesaria para el abastecimiento de *French-den* se sacaba del río durante la marea baja para que no tuviera mal gusto; pero cuando la superficie de aquel río estuviera helada, no se podría obrar del mismo modo. Gordon habló con Baxter, su «ingeniero asesor,» de las medidas que convendría adoptar, y éste, después de algunos momentos de reflexión, propuso establecer, para evitar la

congelación, un conducto subterráneo que condujera el agua desde el río, por debajo del ribazo, hasta *Store-room*. Era una obra difícil en verdad, habida consideración de las circunstancias que rodeaban á tan jóvenes naufragos; y si Baxter salió airoso de ella, fué debido á que tenía á su disposición uno de los tubos de plomo que sirvieron para abastecer los camarotes del *Sloughi*. El servicio de agua, pues, quedó asegurado en el interior de aquella morada.

En cuanto al alumbrado, había aún bastante aceite para las lámparas y los faroles; pero después del invierno sería necesario hacer provisión de un líquido combustible, ó fabricar velas con las grasas que Mokó iba reservando.

Algunos chacales, acosados por el ham-

bre, vinieron varias veces á *Sport-terrace*; pero Doniphan y Cross los espantaban á tiros. Sin embargo, un día fueron tan numerosos, que si *Phann* no los hubiese olfateado y denunciado oportunamente para que los colonos con prontitud atrancaran las puertas del *hall* y de *Store-room*, el ataque hubiera sido inevitable y tan terrible como son siempre los de las fieras.

La alimentación de la pequeña colonia daba mucho que pensar á su jefe. No siendo posible cazar en cantidad conveniente, por efecto de los temporales y los hielos, era menester echar mano de las provisiones del yate, y Gordon veía con mucha pena que se alargaba en su cartera la columna de los gastos, mientras que la de existencias disminuía. Mokó, participando de la preocupación de su jefe, ponía de su parte cuanto le era dable, y aprovechaba las avutardas que había conservado y los salmones que tenía en salmuera; pero no debe olvidarse que *French-den* encerraba quince personas que alimentar, asistidas de un apetito propio de muchachos de ocho á catorce años.

Wilcox era, como ya hemos indicado otra vez, muy entendido en todo lo que concierne á la instalación de trampas, ballestas, lazos y demás recursos que suministra el higiénico y útil arte de *Nemrod*; pero esto producía tan corto surtido de carnes frescas, que no era suficiente para librar á Gordon de su preocupación, ni al grumete de sus cavilaciones económicas en la cocina.

El nandú también preocupaba á Service para darle de comer: como no es animal carnívoro, su amo se veía obligado á buscar hierbas y raíces debajo de la nieve, no sin gran riesgo de su vida; mas ¿qué no hubiera hecho para procurar buen alimento á su animal favorito?

—¡Qué corcel voy á tener! repetía muchas veces.

Sin embargo, el avestruz adegalzó bastante durante aquel interminable invierno; pero no fué culpa de su fiel guardián, y era de esperar que cuando llegase la primavera volvería á recuperar sus perdidas carnes.

El 9 de Julio, Briant, habiendo salido de *French-den* muy de madrugada, observó que el viento acababa de cambiar al Sur; y el frío era tan intenso, que se

volvió apresuradamente al *hall*, dando cuenta á Gordon de esta modificación de la temperatura.

—Era de temer, respondió el americano, y no me extrañaría tuviésemos que sufrir aún algunos meses de riguroso frío.

—Eso nos demuestra, añadió Briant, que el *Sloughi* nos llevó, en su vertiginosa marcha marítima, mucho más al Sur de lo que suponíamos.

—Sin duda, dijo Gordon; y sin embargo, nuestro atlas no señala ninguna isla en el espacio del mar antártico.

—Es cosa inexplicable, y en verdad que no sé hacia qué lado podríamos dirigirnos si llegásemos á abandonar esta isla.

—¡Dejar nuestra isla! exclamó Gordon. ¿Aún piensas en ello, Briant?

—¡Siempre! Si pudiésemos construir una embarcación que, mal ó bien, se sostuviera en el agua, no titubearía un instante en lanzarme á la ventura en el mar.

—¡Bueno!... ¡Bueno!... replicó el americano. ¡No hay prisa!... Esperemos si quiera á que nuestra pequeña colonia esté organizada, y entonces...

—¡Ay, mi buen amigo! repuso Briant; ¡olvidas que allá tenemos familia!...

—¡Es verdad, es verdad!... Pero, en fin, ¡no somos tan desgraciados aquí! Esto marcha... y vamos á ver, ¿qué nos falta?

—Muchas cosas, Gordon, respondió Briant, que no juzgó oportuno prolongar la conversación sobre este punto. Mira, en este momento está faltando combustible.

—¡Oh! ¡Aún no hemos quemado todos los árboles de la isla!

—No, pero urge hacer provisión de leña, porque la que tenemos se está acabando.

—Pues bien, hoy mismo, replicó Gordon. Veamos el termómetro.

Éste, que colocado dentro de *Store-room* indicaba cinco grados bajo cero, no obstante hallarse cerca de la hornilla llena de lumbre, sacado fuera de la estancia no tardó en bajar á diecisiete.

Era un frío vivísimo, y seguramente se recrudecería si el tiempo permanecía sereno y seco durante algunas semanas. La temperatura de *French-den* había bajado de un modo sensible, á pesar de las dos estufas y de la hornilla, que funcionaban sin cesar.

A las nueve, después del desayuno, de-

cidieron ir á *Traps-woods* para traer una carga de combustible.

Cuando la atmósfera está en calma, las temperaturas más bajas pueden arrostrarse sin gran contrariedad; mas no es así cuando reina ese aire sutil, del que es difícil preservarse. Felizmente, aquel día el viento se notaba apenas, y el cielo tenía una limpidez perfecta, por lo que la nieve se había endurecido y permitía andar, siempre que se cuidara de asentar bien los pies, lo mismo sobre *Family-Lake* que sobre el río *Zealand*, enteramente helados; y si hubieran tenido un trineo enganchado á perros ó rengíferos, hubiesen podido recorrer el lago en toda su superficie en algunas horas.

Mas no se trataba de esa expedición, sino de ir al bosque para renovar la provisión de combustible, que era de imprescindible necesidad.

El transporte de la leña iba á ser muy penoso, no pudiendo hacerse sino llevando cada uno una carga; pero Mokó discurreó un medio, que se apresuraron á utilizar hasta tanto que pudiesen construir cualquier vehículo con los restos del yate. Dicho medio consistía en sacar la gran mesa de *Store-room*, que medía doce pies de largo por cuatro de ancho, y poniéndola en el sentido inverso de su posición natural, la ataron con cuerdas, y cuatro de los mayores la arrastraron por encima de la nieve en dirección á *Traps-woods*.

Los pequeños, con la nariz muy colorada, iban delante corriendo y saltando con *Phann*, que los incitaba á jugar. De vez en cuando se subían á la mesa por el gusto de hacerse llevar en coche, según decían ellos. A cualquiera le hubiese alegrado, ciertamente, verlos tan contentos y con tan buena salud.

Todo estaba blanco entre *Auckland-hill* y *Family-Lake*. Los árboles, cargados de carámbanos que parecían cristales, semejaban una decoración de alguna comedia de magia. Bandadas de pájaros revoloteaban por todas partes. Doniphan y Cross no habían olvidado sus escopetas, é hicieron bien, pues se vieron huellas sospechosas, que no eran de chacales ni de jaguares.

—Tal vez sean gatos monteses de esos que llaman *paperos*, dijo Gordon. ¡Son muy temibles!

—¡Oh, si no son más que gatos!... respondió Costar encogiéndose de hombros.

—Bien, los tigres también son gatos, replicó Jenkins.

—Service, ¿es verdad que todos esos señores de la raza felina son malos? preguntó Costar.

—Muy malos, contestó Service; cogen y se comen á los niños como si fueran ratones.

Esta respuesta no dejó de asustar á Costar.

Nuestros colonos recorrieron con bastante prontitud la media milla que separa á *French-den* de *Traps-woods*, y se pusieron á derribar algunos árboles, de los que arrancaron algunas ramas pequeñas para no llevarse más que las gordas, que eran más á propósito para las estufas y la hornilla. La mesa-trineo recibió una buena carga; pero se deslizaba con tanta facilidad por encima de la nieve helada y tiraban todos con tanto afán, que á las doce habían hecho dos viajes. Después del almuerzo volvieron al trabajo, que se suspendió á las cuatro para ocuparse, por mandato de Gordon, que sabía hacerse obedecer, en aserrar, partir y encerrar la leña, ocupación que duró hasta la hora de acostarse.

Durante seis días, aquel acarreo continuó sin descanso, asegurando así el combustible para algunas semanas.

El 15 de Julio, el calendario inglés señala San Swithin, que tiene igual fama que San Medardo en Francia.

—Vamos, dijo Briant; si llueve hoy, tendremos agua durante cuarenta días.

—¿Y qué nos importa, respondió Service, puesto que estamos en la mala estación? ¡Ah, si estuviésemos en verano!...

Y en verdad que los habitantes del hemisferio austral no tienen por qué inquietarse de la influencia que puedan tener en el tiempo San Medardo ó San Swithin, que son Santos de invierno en nuestros antipodas.

Llovió aquel día; pero la lluvia no hizo cuarentena, á pesar de la creencia vulgar en Inglaterra y Francia; el viento saltó al Sudeste, y los frios fueron tales, que el termómetro bajó á veintisiete grados bajo cero.

¡Irresistible tiempo!

Gordon prohibió toda salida, pues al

aire libre el aliento se helaba y no se podía coger ningún objeto de metal sin experimentar un dolor igual al de una quemadura. Como es de suponer, tomaron toda clase de precauciones para que la temperatura interior se conservase á un grado suficiente; pero á pesar de todas estas prevenciones, sufrieron mucho por la falta de ejercicio, hasta el punto de que Briant no veía sin gran pena que los niños se ponían descoloridos y tristes. Sin embargo, aparte algunos constipados y algunas bronquitis inevitables por la crudeza del temporal y que se curaron fácilmente con bebidas calientes, la salud de nuestros jóvenes colonos no se resintió mucho de aquel tiempo tan cruel.

El 16 de Agosto, el estado de la atmósfera se modificó con el viento Oeste, y el termómetro subió hasta marcar doce grados bajo cero.

Doniphan, Briant, Service y Baxter pensaron entonces en hacer una excursión á *Sloughi-bay*, ó sea al primitivo campamento, pues sabían que partiendo muy de mañana, podían estar de vuelta por la tarde.

Deseaban observar si la costa era frecuentada por ciertos anfibios, que son huéspedes habituales de las regiones antárticas, y además, una vez allí, dedicarían algún rato á reponer el pabellón inglés, que, como recordarán nuestros lectores, habían izado sobre un mástil en el acantilado antes de abandonar aquel sitio; pabellón que sin duda debían haber destrozado las borrascas. Por consejo de Briant, se clavaría también en el asta una tablilla indicando la situación de *French-den*, para el caso en que algunos marinos, habiendo visto la bandera, desembarcaran en la playa.

Gordon asintió á ese proyecto, pero encargándoles repetidamente que estuviesen de vuelta al anochecer. En consecuencia, nuestros expedicionarios salieron el 19 antes de la alborada: el cielo estaba sereno, alumbrado por los pálidos rayos de la luna en su cuarto menguante.

Las seis millas que separaban *Sloughi-bay* de *French-den* fueron rápidamente recorridas, pues estando helado el charco *Bog-woods*, no fué necesario dar rodeo alguno, lo que abrevió el camino; así es que á las nueve de la mañana Doniphan

y sus compañeros llegaban á la playa.

—¡Vaya una bandada de aves! exclamó Wilcox.

Y señalaba algunos millares de pájaros que, parecidos á grandes patos, se hallaban colocados en fila en las puntas de los arrecifes.

—¡Parecen soldados á quienes el General va á pasar revista! dijo Service.

—Son *pingüinos*, respondió Baxter, y no valen un tiro. Estos estúpidos volátiles, que se sostenían en una postura casi vertical, debida á que tienen muy atrás sus patas, ni siquiera pensaron en huir, hasta el punto de que se les hubiera podido matar á palos. Tal vez Doniphan hiciera intención de tirar á alguno; pero como Briant tuvo la prudencia de no oponerse á ello, bastó ese implícito asentimiento para que Doniphan mudara de idea. Los pingüinos no sufrieron ningún percance.

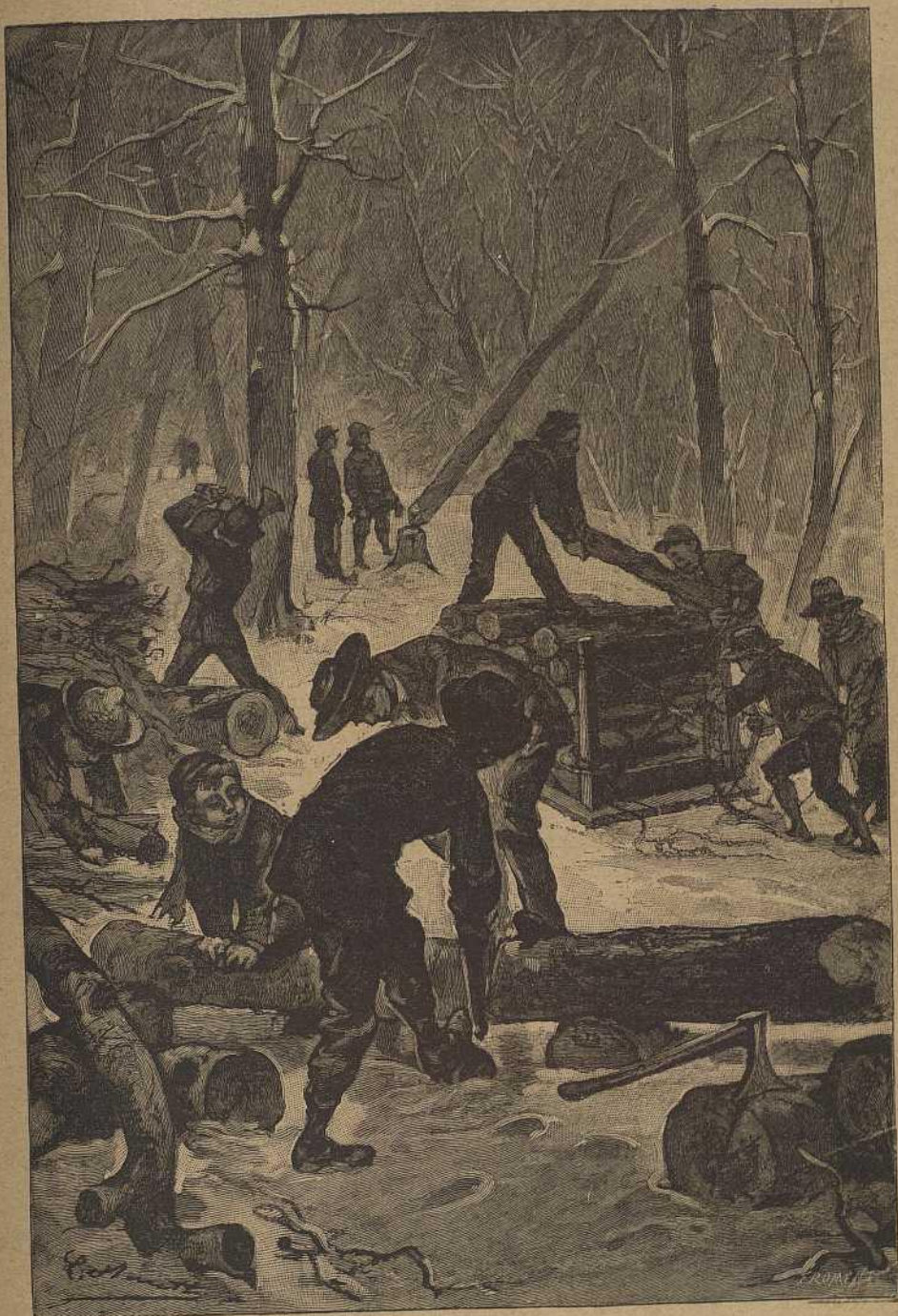
Mas si esos pájaros no servían para nada, nuestros jóvenes vieron gran número de otras clases de animales, cuya grasa podía servir para el alumbrado de *French-den* en el próximo invierno.

Eran focas, de la especie llamada *focas de trompa*, que se solazaban encima de las rompientes, cubiertas de hielo; pero para matar algunas era preciso cortarles la retirada, y en cuanto Briant y sus compañeros se aproximaron, comenzaron á huir dando saltos extraordinarios, y desaparecieron debajo del agua. Sería necesario, para darles caza, organizar una expedición especial y en otras condiciones.

Después de almorzar frugalmente con las provisiones que habían llevado, los colonos recorrieron la bahía en toda su extensión. Una capa blanca la cubría desde la embocadura del río *Zealand* hasta el promontorio de *False-sea-point*, pues el suelo estaba cubierto con más de dos pies de nieve.

Los últimos restos del *Sloughi* se encontraban enterados en ella.

El mar, siempre desierto hasta el extremo límite de aquel horizonte, fué saludado por Briant, que no le había visto en tres meses, y saludó también, dándola vida en su imaginación, más allá, á centenares de leguas, á Nueva Zelandia, cuya tierra no desesperaba de volver á pisar algún día.



Después del almuerzo, los jóvenes volvieron al trabajo.

Baxter se ocupó en mudar la bandera y en clavar la tablilla, indicando la situación de *French-den* á seis millas remontando el curso del río, y á la una de la tarde se pusieron de nuevo en camino para regresar á su vivienda.

Doniphan mató unas cuantas avefrías que revoloteaban en la superficie del río, y á las cuatro, sus compañeros y él entraban en la gruta. Gordon, puesto al corriente de lo que había pasado y enterado de que muchas focas frecuentaban *Sloughi-bay*, aseguró que se las daría caza tan luego como el tiempo lo permitiera.

El invierno iba, por fin, á concluir muy pronto; durante la última semana del mes de Agosto y la primera de Septiembre, fuertes chubascos trajeron un rápido cambio en la temperatura. La nieve no tardó en disolverse, y el hielo del lago se rompió con un ruido ensordecedor. Los témpanos que no se deshicieron, entraron en la corriente del río, amontonándose unos encima de otros, formando una barrera que se desbarató completamente hacia el 10 de Septiembre.

Así pasó aquel invierno. Merced á las precauciones tomadas, la pequeña colonia no padeció mucho. Todos gozaban de perfecta salud, y los estudios siguieron su curso ordinario, sin que Gordon se viese obligado á usar de mucha severidad.

Un día, sin embargo, tuvo que corregir á Dole, cuya conducta necesitaba un severo castigo.

Muchas veces, aquel testarudo muchacho había rehusado aprender su lección, y Gordon le había reñido; pero como el niño continuara sin hacer caso de las observaciones del jefe de la colonia, fué condenado á recibir algunos azotes.

Sabido es que los niños ingleses no miran como denigrante esa clase de castigo. No obstante, Briant hubiera protestado contra aquella manera de obrar, si no hubiese tenido la obligación de respetar las decisiones de Gordon.

Dole recibió, pues, algunos zurriagazos que le aplicó Wilcox, designado por la suerte en el presente caso para funcionar como ejecutor público, y el castigo fué tan ejemplar, que el caso no volvió á acontecer.

El día 10 de Septiembre se cumplieron los seis meses primeros de las forzadas

vacaciones de los alumnos de Chairmán, desde que el *Sloughi* se perdió en los arrecifes de la isla del mismo nombre.

VI

Últimos fríos.—El carro.—La primavera.—Service y su nandú.—Preparativos para una expedición al Norte.—Las madrigueras.—«Stop-river.»—Fauna y flora.—Extremidad de «Family-Lake.»—«Sandy-desert.»

Con el buen tiempo, nuestros jóvenes colonos se propusieron realizar algunas de las excursiones proyectadas durante las largas noches de invierno.

El mapa de Francisco Baudoin no señalaba ninguna tierra alrededor de la isla; pero era posible que el pobre naufrago no la hubiera divisado, pues no poseyendo anteojo alguno, era imposible que con la simple vista distinguiera nada más allá de algunas millas. Nuestros colonos, mejor provistos, descubrirían tal vez lo que aquél no pudo alcanzar á ver.

Pero antes de visitar las diversas regiones de la isla, se trató de explorar el territorio comprendido entre *Auckland-hill*, *Family-Lake* y *Traps-woods*. ¿Cuáles eran sus recursos? ¿Cuál era su riqueza en árboles y arbustos que se pudieran aprovechar? Esto era lo primero que debían saber. La marcha quedó fijada para los primeros días de Noviembre. La primavera se retrasó algún tiempo, porque encontrándose la *isla Chairmán* en una latitud bastante alta, tuvo que sufrir muy malos tiempos, debidos al equinoccio.

Hasta mediados de Octubre, los cambios atmosféricos se manifestaron con sin igual violencia; las piedras del acantilado *Auckland-hill* gemían azotadas por las ráfagas del Sur, que atravesando los pantanos, sin luchar con obstáculo alguno, llevaban consigo las emanaciones heladas del mar antártico. Veinte veces aquellos vendavales arrancaron las puertas de *Store-room*, penetrando por el corredor hasta el *hall*, y nuestros jóvenes sufrieron tal vez más por aquel temporal que por los intensos fríos del invierno.

Para más aburrimiento, parecía que los pájaros habían emigrado buscando un re-

fugio en regiones más abrigadas y menos expuestas á tan recias tormentas equinociales, y hasta los peces se ocultaban por la agitación de las aguas, que mugían en las orillas del lago.

Sin embargo, los colonos no estaban ociosos. Como la mesa no podía ya servir de vehículo, puesto que el hielo había desaparecido, Baxter ideó fabricar un aparato á propósito para acarrear los objetos de gran peso. Al efecto, utilizó dos ruedas dentadas, de igual tamaño, de un torno del *schonner*. Después de haber ensayado, aunque en vano, romper los dientes de aquellas ruedas, llenó los intervalos con cuñitas de madera, cubiertas con un círculo metálico, y después de unir las por una barra de hierro á manera de eje, se colocó sobre él una sólida plataforma, resultando así un carro, si bien muy basto, en disposición de prestar, como lo prestó, grandes servicios. Inútil nos parece añadir que, á falta de caballo, mula ó burro, los más vigorosos serían los encargados de arrastrarlo.

¡Ah! Si llegaran algún día á apoderarse de cualquier cuadrúpedo, ¡cuántas fatigas se ahorrarían!

¿Por qué la fauna de la isla Chairmán, fuera de algunos carnívoros, era más rica en volátiles que en rumiantes? Sería demasiada felicidad para ellos, y en particular para Service, que, ganoso de cabalgar, fuera como fuera, se lamentaba de que su avestruz no quisiera domeñarse á vivir con la mansedumbre que crea siempre la domesticidad.

En efecto; el nandú no había perdido nada de su carácter salvaje. No dejaba que se aproximasen á él sin defenderse con el pico y las patas, y procuraba sin cesar romper sus ligaduras con el afán de huir y de perderse pronto por entre los árboles de *Traps-woods*, gozando á su placer de las delicias que á todo ser animado proporciona siempre la libertad.

Service, no obstante, no perdía las esperanzas. Había dado al nandú el nombre de Brausewind, como lo había hecho con el suyo Jack, según leyera en el *Robinson Suizo*; pero aunque nuestro muchacho había juzgado cuestión de amor propio el amansar al animal, no conseguía nada ni por buenos ni por malos tratamientos.

Sin embargo, dijo un día, aludiendo á

la novela de Wyss, que no se cansaba de leer:

—Jack llegó á conseguir que su avestruz se transformara en un rápido corcel.

—Es verdad, le replicó Gordon; pero entre tu héroe y tú hay tanta diferencia como entre tu avestruz y el suyo.

—¿Cuál es?

—Sencillamente la que separa la imaginación de la realidad.

—¡No importa! replicó Service. ¡Llegaré á amansarle, ó nos veremos los dos!

—Pues bien, respondió el americano riendo; me extrañaría menos oírle hablar que verle obedecer.

A despecho de las bromas de sus compañeros, Service estaba muy decidido á montar su nandú en cuanto el tiempo lo permitiese. Así es que, imitando en un todo á Jack, construyó una especie de guarnición de tela con ojerías movibles, para guiarle á derecha é izquierda, según su gusto. ¿Por qué no había de tener éxito, puesto que el héroe de Wyss le obtuvo? Hizo también un collar, que llegó á fijar al cuello del animal: pero en cuanto á la capucha, fué imposible colocársela en la cabeza.

El equinoccio tocaba á su fin; el sol tomaba fuerza y el cielo se serenaba, comenzando ya los árboles á brotar á impulsos del calor vivificante del luminoso astro.

Los colonos podían ya estar fuera días enteros. Los trajes de abrigo, pantalones de fuerte paño, camisetas ó blusas de lana, habían sido sacudidos, limpiados y guardados en los cofres designados al efecto por Gordon. Nuestros jóvenes, encontrándose más ágiles con sus trajes ligeros, celebraban alegremente la vuelta del buen tiempo, teniendo además la esperanza, que no les abandonaba nunca, de hallar algún medio que modificase ventajosamente su situación.

Durante el verano podía acontecer que un buque visitara aquellos parajes; y si pasaba cerca de la isla Chairmán, ¿por qué no había de arribar viendo la bandera que ondeaba en la cresta de *Auckland-hill*?

En la segunda quincena de Octubre los cazadores hicieron alguna que otra excursión en un radio de dos millas en derredor de *French-den*, proporcionando á Mokó ocasión para mejorar en algo las comi-



Baxter colocó la nueva bandera, y fijó la tablita.

das. Gordon no cesaba de recomendar la economía de las municiones, lo cual contrariaba mucho á Doniphan. Wilcox tendía lazos, con los que cogió algunos pares de perdices, avutardas y hasta de esas liebres *maras*, cuya carne se parece á la del aguti. Muchas veces en el día iban los colonos á mirar aquellos lazos, porque los chacales y otros carnívoros encontraban muy cómodo comerse las piezas cogidas de este modo, y en verdad era cosa triste trabajar para que aquellas fieras utilizasen el producto de la industria de nuestros muchachos; así es que cuando daban caza á algunos de estos animales dañinos en las antiguas trampas y en otras nuevas colocadas en la linde del bosque, los mataban sin piedad.

Doniphan dió muerte á varios de esos

pecaris y *guaçulis*, jabalíes y ciervos de pequeña estatura, cuya carne es muy sabrosa. En cuanto á los nandús, nadie sintió no poderlos alcanzar, en vista del poco éxito obtenido por Service en su ensayo para domesticar el suyo; y bien claro se vió esto cuando en la mañana del 26 el terco muchacho quiso montar su avestruz, al que había puesto la guarnición, no sin mucho trabajo.

Estaban todos reunidos en *Sport-terrace* para asistir á este interesante espectáculo. Los niños miraban á su compañero con cierto sentimiento de envidia, mezclado de alguna inquietud, y en el momento decisivo titubeaban sobre si rogar ó no á Service que los pusiera á la grupa; los mayores se encogían de hombros, y Gordon procuró disuadir á Service de que

llevara á cabo una prueba que le parecía peligrosa; pero obstinándose éste en realizar su propósito, tomaron todos el partido de dejarle hacer su voluntad.

Mientras Garnett y Baxter tenían al animal con la cabeza cubierta por una capucha y las ojeras bajadas, Service, después de varias tentativas infructuosas, llegó á saltar sobre el nandú, diciendo con voz algo temblona:

—¡Soltadle!

El avestruz, privado de la vista y sintiéndose sujetado por el muchacho, que le apretaba fuertemente con las piernas, se quedó inmóvil; mas apenas levantó Service las ojeras por medio de la cuerda que servía también de rienda, el nandú dió un salto prodigioso y partió como una flecha en dirección al bosque.

Service no era dueño ya de su fogosa montura, y en vano procuró detenerla cegándola de nuevo; pues por un brusco movimiento de cabeza el animal se quitó la capucha, que cayó sobre su cuello, en el que el muchacho se agarraba con todas sus fuerzas; y, por fin, por medio de una violenta sacudida, se desembarazó del jinete en el mismo momento en que el nandú iba á desaparecer bajo los árboles de *Traps-woods*.

Los compañeros de Service acudieron, y cuando llegaron á su lado, el avestruz estaba ya lejos.

Felizmente, habiendo caído el muchacho sobre una capa de hierba muy espesa, no se hizo ningún daño.

—¡Qué animal más estúpido! exclamó lleno de confusión. ¡Ah, si vuelvo á cogerlo!...

—No lo volverás á ver ya, respondió Doniphan, que se complacía en burlarse de su compañero.

—Decididamente, dijo Webb, tu amigo Jack era mejor jinete que tú.

—Es que mi nandú no estaba suficientemente domesticado, respondió Service.

—Ni podía estarlo nunca, replicó Gordon. Consuélate, Service; nada hubieras conseguido de esa bestia, y no olvides que en la novela de Wyss no todo es verdad.

Al principiar el mes de Noviembre el clima continuaba favorable para una expedición de algunos días. Se trataba de reconocer la orilla occidental de *Family-Lake* hasta la punta del Norte; y como

el tiempo estaba sereno y el calor no era excesivo, no había inconveniente en pasar unas cuantas noches al aire libre.

Los cazadores debían formar parte de la excursión; y como había de prolongarse algo, y, por lo tanto, ofrecer algunas peripecias, Gordon juzgó conveniente partir con ellos, siendo Briant y Garnett los encargados de cuidar á sus compañeros, que se quedaban en *French-den*. Más adelante Briant emprendería otro viaje con objeto de visitar la parte inferior del lago, bien costeano sus orillas con la canoa, ó ya atravesándolo, puesto que, según el mapa, no tenía más que cuatro ó cinco millas de anchura.

Al llegar la mañana del 5 de Noviembre, y dispuestos los expedicionarios Gordon, Doniphan, Baxter, Wilcox, Webb, Cros y Service, emprendieron su marcha después de despedirse de sus amigos.

En *French-den* ningún cambio debía operarse en la vida de todos los días. Fuera de las horas de estudio, los niños seguirían pescando, como de costumbre, en el lago ó en el río, lo que constituía su recreo favorito. Pero no vaya á creerse que porque Mokó no formaba parte de la caravana, los expedicionarios se verían reducidos á comer mal, no; Service estaba con ellos; y como muchas veces ayudaba á Mokó en las operaciones de la cocina, hizo valer su talento culinario para acompañar á los viajeros, quizás impelido por su esperanza de encontrar á su avestruz.

Gordon, Doniphan y Wilcox iban armados con escopetas, llevando además un revólver á la cintura. Cuchillos de monte y dos hachas pequeñas completaban su armamento. Habían acordado no gastar plomo ni pólvora sino para defenderse ó para matar algunas piezas de caza mayor, en el solo caso de que no se las pudiese coger de un modo menos costoso.

Baxter, según sabemos, era un muchacho tan previsor como diestro, y previendo que llegara á ser algún día muy necesario servirse del lazo y de las bolas, las arregló, y ejercitándose en su manejo, adquirió muy pronto notable habilidad y destreza para lanzarlos. Es verdad que hasta entonces no lo había ensayado sino en objetos inmóviles, y nada probaba que los resultados estuviesen en armonía con

sus deseos, arrojando aquéllos contra un animal corriendo; pero los llevó consigo por si se presentaba el caso de utilizarlos.

Gordon se llevó también el *halkett-boot*, bote de cautchuc, muy portátil, puesto que, según dijimos oportunamente, se doblaba como una maleta y no pesaba más de diez libras.

Era muy conveniente tener á mano esta canoa, pues el mapa del naufrago consignaba la existencia y posición de dos rios tributarios del lago, y tal vez necesitasen de aquel bote para atravesarlos. Según dicho mapa, del que Gordon llevaba una copia para consultarlo ó comprobarlo, la ribera occidental de *Family-Lake* se desarrollaba en un largo próximamente de dieciocho millas, teniendo en cuenta su curva. La expedición, según se ve, y en el caso de que los viajeros no experimentasen ningún retraso, necesitaría dos ó tres días por lo menos.

El americano y sus compañeros, precedidos por *Phann*, dejaron *Traps-woods* á su izquierda, y anduvieron á buen paso por el suelo arenoso de la ribera, no tardando mucho en salvar la distancia hasta entonces recorrida en las excursiones que habian hecho desde su instalación en la gruta; y traspuesto dicho terreno, se hallaron en un sitio en que las hierbas eran tan altas, que dificultaban la marcha de nuestros jóvenes; pero no tuvieron por qué sentir aquel retraso, pues *Phann* empezó á rastrear, quedando por fin inmóvil delante de media docena de madrigueras.

Indudablemente el perro había olfateado algún animal, sin duda encamado, y *Doniphan*, llevado de sus aficiones, preparaba su escopeta, cuando Gordon le detuvo.

—Economiza la pólvora, *Doniphan*, le dijo; te lo suplico; economiza las municiones.

—¿Quién sabe, Gordon, si nuestro almuerzo estará ahí dentro! respondió el joven cazador.

—¿Y también la comida!... añadió *Service*, bajándose y mirando las madrigueras.

—Si hay algún bicho aquí, respondió *Wilcox*, le obligaremos á que salga sin que nos cueste un perdigón.

—¿Cómo puedes ser eso? preguntó *Webb*.

—Ahumándolo, como se hace con las

zorras cuando están en las madrigueras.

Y *Wilcox*, cogiendo algunos puñados de hierbas secas, las colocó delante de los agujeros y las encendió; un momento después, diez ó doce roedores salían medio sofocados, procurando huir, pero en vano. Eran conejos *tucutucos*, de los que *Service* y *Webb* mataron algunos con un palo, mientras que *Phann* estrangulaba también á cuantos cogía.

—¡He aquí un excelente asado!... dijo Gordon.

—Y yo me encargo de ello, añadió *Service*, deseoso de llenar sus funciones de jefe de cocina. ¿Queréis comerlos ahora mismo?

—En la primera parada, contestó el americano.

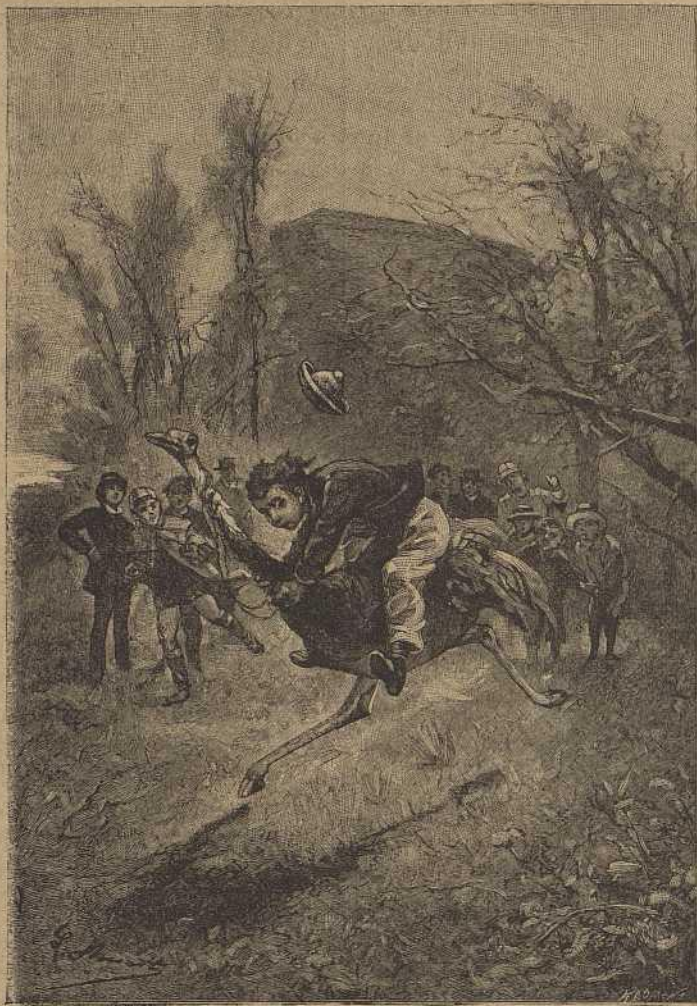
Necesitaron más de media hora para salir de aquella pradera, tan cubierta de malezas, y más allá encontraron la playa llena de dunas, cuya arena finísima se levantaba al menor soplo de aire.

A la altura en que se hallaban, el reverso de *Auckland-hill* quedaba ya á más de dos millas hacia Oeste, lo cual se explicaba por la dirección del alcantilado en su curva desde *French-den* hasta *Sloughibay*. Toda esta parte de la isla estaba oculta por aquel bosque tan espeso, que *Briant* y sus compañeros habían atravesado en su primera expedición al lago, regado por el riachuelo de que hicimos mención al ocuparnos de ello, y al que habían dado el nombre de *Dike-creek*.

El mapa indicaba que ese *creek* desembocaba en el lago, y á su embocadura fué precisamente adonde nuestros jóvenes llegaron á las once de la mañana, después de haber andado unas seis millas.

Al llegar á dicho punto hicieron alto al pie de un magnífico pino, encendieron lumbre entre dos piedras, y algunos instantes después dos *tucutucos*, desollados por *Service*, se asaban al amor de una gran llama, y *Phann*, echado al lado del hogar, se complacía en husmear el buen olor que se desprendía de aquellos roedores.

Almorzaron con buen apetito, sin tener queja de ese primer ensayo de *Service* en el arte culinario. Los *tucutucos* bastaron, y no tuvieron que tocar á las provisiones que llevaban consigo, como no fuera algo de galleta, que hacía las veces de pan.



Service no podía detener á su cabalgadura.

Concluido el almuerzo, emprendieron de nuevo la marcha, y atravesaron el *creek* por un vado, sin necesidad del bote, cuyo servicio les hubiese consumido mucho tiempo.

La orilla del lago, algo pantanosa, les obligó á seguir de nuevo las lindes del bosque, sin perjuicio de dirigirse hacia el Este tan luego como lo permitiese el buen estado del terreno.

Los árboles eran siempre de la misma clase: hayas, abedules, pinos de varias especies, y encinas. Millares de pájaros de diversas castas revoloteaban debajo del follaje, cantando ó silbando á porfía; y allá, á lo lejos y muy alto, se veían algunas de aquellas aves de rapiña muy comunes en la América del Sur.

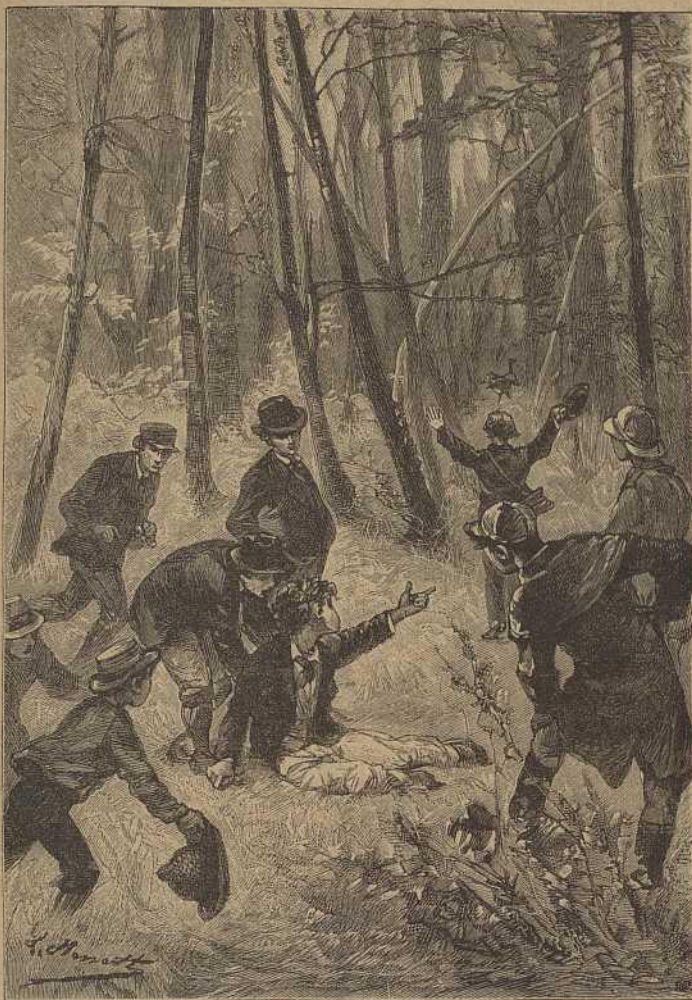
Service, acordándose sin duda de Ro-

binsón Crusoe, sentía mucho que no hubiese loros en la isla, porque tal vez uno de aquellos habladores pájaros le hubiera indemnizado de los malos ratos que le proporcionó la educación, tan poco aprovechada, del avestruz.

La caza abundaba por doquier, y Gordon no pudo rehusar á Doniphan el placer de matar un *pecari*, que serviría para el almuerzo del siguiente día.

Anduvieron hasta las cinco de la tarde, hora en que llegaron á orillas del segundo río señalado en el mapa; era otro desagüe del lago que desembocaba en el Pacífico, más allá de *Sloughi-bay*, después de rodear el Norte de *Auckland-hill*.

Gordon resolvió detenerse en aquel sitio. Después de haber andado doce millas, era justo cenar y descansar. Este nuevo



—¡Qué animal más estúpido! ¡Si vuelvo á cogerlo! exclamó Service.

rio fué llamado *Stop-river* (rio de la parada).

Nuestros jóvenes establecieron su campamento debajo de los primeros árboles del ribazo, y los *tucutucos* formaron el plato principal de la cena, que Service condimentó con bastante acierto.

Pero estaban muy cansados, y como la necesidad que tenían de dormir era mayor que la de comer, resultó que, si bien es verdad que las bocas se abrían á impulsos del hambre, los ojos se cerraban obedeciendo al sueño; así es que, apenas concluyeron de cenar, encendieron una gran hoguera, y se tendieron delante de ella envueltos en sus mantas. Wilcox y Doniphan velaron por turno, á fin de alimentar la hoguera para mantener las fieras á respetable distancia.

La noche pasó sin ningún incidente, y al rayar el día todos estaban prontos á ponerse otra vez en camino, como lo hicieron sin dilación alguna.

Tenían necesidad de atravesar el río; pero como no era vadeable, echaron mano del bote. Esta débil barquilla no podía conducir más que una sola persona, así es que hubo necesidad de pasar siete veces y reparar otras tantas, lo que exigió más de una hora; pero poco importaba semejante dilación, en gracia á que ni las municiones ni las provisiones se mojaran.

Phann no quiso manifestarse cual perro comodón, y metiéndose en el agua, hizo á nado la travesía en un momento.

Pasado el río, el terreno estaba enjuto, y Gordon dirigió otra vez la expedición hacia la orilla del lago, adonde llegaron á

las diez de la mañana; y después de almorzar muy bien con buenos trozos de carne de *pecari* asada, y galleta, tomaron el camino con dirección al Norte.

Nada indicaba aún que el extremo del lago estuviese próximo, pues el horizonte del Este se veía siempre cerrado por una línea circular de cielo y agua; pero á medio día Doniphan miró con el antejo, y dijo:

—¡Ya está aquí la otra orilla!

Todos se pusieron á mirar por aquel lado, y, efectivamente, las copas de los árboles comenzaban á distinguirse por aquel lado.

—No nos detengamos, replicó Gordon, y procuremos llegar antes de que anochezca.

Una árida llanura, con algunas dunas, y sembrada acá y allá de matas de juncos, se extendía hasta perderse de vista en dirección al Norte. La parte septentrional de la isla Chairmán no se componía, por lo visto, sino de anchos espacios arenosos que contrastaban con los verdes bosques del centro. El americano les dió el nombre de *Sandy-desert* (desierto de arena.)

A las tres, la orilla opuesta apareció distintamente, redondeándose á menos de dos millas al Este. Esta región parecía completamente abandonada de todo ser viviente, como no fuera algunas aves marinas que pasaban por allí para ir á refugiarse en las rocas del litoral.

En verdad que si el *Sloughi* hubiese abordado en aquel sitio, nuestros pobrecitos náufragos hubieran creído verse privados de todo recurso. En vano buscarían, en medio de aquel desierto, una morada tan abrigada como *French-den*, y al faltarles el abrigo del *schonner* no hubieran, de seguro, hallado refugio alguno.

¿Era necesario ir más adelante en la misma dirección para reconocer por completo aquella parte de la isla que parecía inhabitable? ¿No sería preferible dejar para otra vez la exploración de la orilla derecha del lago, en donde otros bosques quizás pudieran ofrecer nuevas riquezas? Indudablemente que sí; y además, para averiguar si la isla Chairmán estaba ó no cerca del continente americano, había que dirigir las indagaciones por la región del Este.

Doniphan propuso, sin embargo, llegar hasta la extremidad del lago, que no debía

estar lejos, toda vez que la doble curva de sus orillas se acentuaba más á cada instante. Lo realizaron así, y al llegar la noche hacían alto en el fondo de una caleta, en el ángulo Norte de *Family-Lake*.

En aquel sitio no se veía ni un ángulo ni una hierba, ni siquiera musgo ó líquen seco. Les faltó el combustible, y para dormir se vieron precisados á echarse sobre la arena, cubriéndose con sus mantas.

Durante aquella noche nada turbó el silencio en *Sandy-desert*.

VII

Camino que siguieron para la vuelta.—Excursión hacia Oeste.—Trulca y algarrobo.—Arbol de té.—El torrente de «Dike-creek».—Vicuña.—Noche intranquila.—Guanacos.—Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo.—Vuelta á «French-den.»

A doscientos pasos de la caleta se alzaba una duna de unos cincuenta pies de altura, observatorio muy á propósito para que Gordon y sus compañeros pudieran echar una ojeada sobre aquella región.

A la salida del sol se apresuraron á subir hasta la cima de la duna, y desde allí dirigieron los antejos hacia el Norte.

Si aquel desierto arenoso se prolongaba hasta el litoral, como lo indicaba el mapa, era imposible divisar su fin, pues el horizonte de mar debía encontrarse á más de doce millas al Norte y á más de siete al Sur, y en esta suposición les pareció inútil remontar más allá en la parte septentrional de la isla Chairmán.

—Entonces, preguntó Cross, ¿qué vamos á hacer ahora?

—Volvemos por donde hemos venido, respondió el americano.

—¡Pero no antes de desayunarnos! se apresuró á decir Service.

—Pon la mesa, contestó Webb.

—Puesto que tenemos que volver sobre nuestros pasos, observó Doniphan, ¿no podríamos seguir otro camino para regresar á la gruta?

—Lo ensayaremos, respondió Gordon.

—Me parece, replicó Doniphan, que si siguiéramos la orilla derecha de *Family-Lake*, nuestra exploración sería completa.

—Resultaría demasiado larga, respondió el americano. Según el mapa, tendríamos que andar treinta ó cuarenta millas, y necesitaríamos siete ú ocho días para ello, suponiendo que ningún obstáculo se presentara en el camino, y semejante tardanza pondría muy inquietos á los de *French-den*, y nada exige les produzcamos tal inquietud.

—Sin embargo, añadió Doniphan, tarde ó temprano será necesario reconocer aquella parte de la isla.

—Sin duda, respondió Gordon, y pienso organizar una expedición con este objeto.

—Doniphan tiene razón, dijo Cross; tenemos interés en no volver por el mismo camino.

—Bien, replicó Gordon. Propongo que sigamos la orilla del lago hasta *Stop-river*, y luego marcharemos directamente hacia el acantilado, cuya base seguiremos.

—¿Y por qué volver á bajar por esa orilla? preguntó Wilcox.

—En efecto, Gordon, añadió Doniphan. ¿Por qué no vamos por lo más corto, atravesando esta llanura arenosa para llegar á los primeros árboles de *Traps-woods*, que se hallan á tres ó cuatro millas, cuando más, al Sudoeste?

—Porque nos conviene, no lo dudes, atravesar *Stop-river*, respondió Gordon; estamos ciertos de que en ese camino por donde hemos andado ya, no hallaremos obstáculos, mientras que más abajo podríamos encontrar dificultad, si el río se cambiase en torrente; lo más seguro es, á mi parecer, no entrar en el bosque sino por la orilla derecha del *Stop-river*.

—¡Siempre prudente, Gordon! exclamó Doniphan, no sin una ligera ironía en el acento.

—¡Es mi deber! respondió el americano.

Y bajando la duna, se sentaron un momento en la caleta, tomaron un ligero refrigerio, arrollaron las mantas, y cogiendo sus armas echaron á andar á buen paso por el mismo camino que la vispera.

El cielo estaba magnífico, y apenas si una ligera brisa rizaba las aguas del lago; si el tiempo continuaba así siquiera durante treinta y seis horas, Gordon y sus compañeros llegarían á *French-den* al anochecer del siguiente día.

Desde las seis de la mañana á las once anduvieron sin gran cansancio las nueve

millas que separaban la punta del lago, de *Stop-river*. Doniphan mató dos magníficas avutardas moñudas, de plumaje negro, con manchas amarillas en el lomo y blancas en la pechuga, proporcionándose de ese modo un rato de buen humor á sí mismo y de satisfacción á Service, siempre pronto á preparar para el asado cualquier animalejo que cayera en sus manos, como lo hizo una hora más tarde con los cazados por Doniphan, después de atravesar otra vez el río en el *halkett-boot*.

—Hénos aquí ya en el bosque, dijo Gordon, y esperó que Baxter encontrará ocasión de lanzar sus lazos ó sus balas.

—El caso es que hasta ahora no han servido para nada, respondió Doniphan, quien, tratándose de caza, no apreciaba más que su carabina.

—Esto no sirve para los pájaros, replicó Baxter.

—Pájaros ó cuadrúpedos, no tengo confianza en esos artefactos, dijo Doniphan.

—Ni yo, añadió Cross, siempre dispuesto á apoyar la opinión de su primo.

—Esperad siquiera á que Baxter haya tenido ocasión de servirse de ellos, antes de dar vuestro parecer, respondió el americano. Estoy cierto de que nos dará una sorpresa agradable; y no debemos olvidar que si las municiones llegan á concluirse nos, el lazo y las bolas no faltarán nunca...

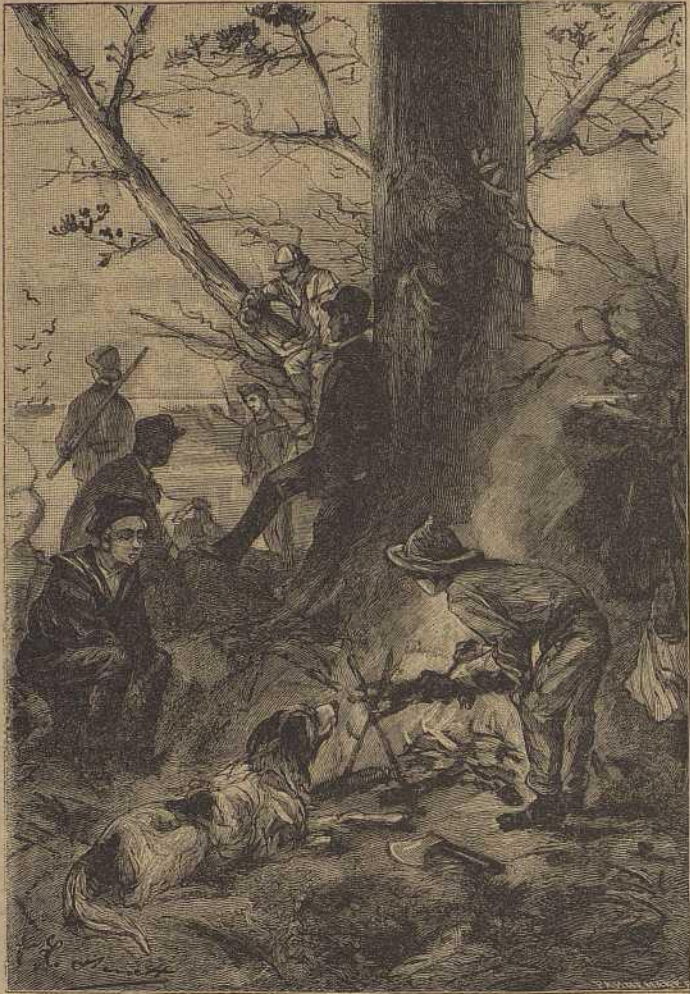
—¡Antes faltaría la caza!... replicó el incorregible muchacho.

—Ya lo veremos, dijo Gordon, y mientras tanto almorzaremos.

Los preparativos necesitaron algún tiempo, porque Service quería que la avutarda estuviese muy á punto, y es menester, en efecto, más de una hora para la cocción de una de estas aves, que suelen pesar de veinticinco á treinta libras, y miden cerca de tres pies desde el pico á la cola, siendo de las mayores que constituyen la familia de las gallináceas. Una vez asada, desapareció como por encanto hasta el último trozo, pues *Phann*, á quien dieron el armazón, no dejó tampoco nada.

Concluido el almuerzo, los graves viajeros penetraron en la parte aún desconocida de *Traps-woods*, que *Stop-river* atraviesa antes de confundirse con el Pacífico.

El mapa indicaba que dicho río se inclinaba en su curso á Noroeste, dando vuelta á la extremidad del acantilado, y



Encendieron lumbre al pie de un pino, y Service asó dos *tucutucos*...

que su embocadura esta situada más allá del promontorio *False-Sea-point*. Fijado en esto, Gordon resolvió abandonar la ribera de *Stop-river*, porque, siguiéndola, serían llevados en una dirección completamente opuesta á *French-den*, cuando lo que él quería era llegar por el camino más corto á las primeras rocas de *Auckland-hill*, para seguir su base bajando al Sur.

Así es que después de orientarse por medio de la brújula, el americano empezó á marchar en dirección al Oeste, por donde los árboles, siendo menos espesos que en la parte Sur de *Traps-woods*, dejaban más libre el paso por un suelo menos cubierto de brozas y malezas.

Entre los abedules y las hayas se abrían algunos claros que dejaban penetrar los rayos del sol, merced á los cuales, las flo-

res silvestres, hermoseando la tierra y perfumando el ambiente, mezclaban sus vivos colores con el verde de los arbustos y de la alfombra de césped.

Los coquetones jovencitos cogieron algunas de esas flores y adornaron con ellas las solapas de sus chaquetas.

Gordon, por su parte, y ayudado de sus conocimientos en botánica, hizo un descubrimiento muy útil, que en más de una ocasión había de aprovechar á la pequeña colonia. Atrajo su atención un arbolito muy frondoso, de hojas poco des-arrrolladas, y de cuyas ramas, llenas de espinas, pendía una pequeña fruta rojiza, del tamaño de un guisante.

—¡Este árbol es el *trulca*, si no me equivoco! exclamó. Es una fruta muy apreciada por los indios.



Baxter lanzó las bolas sobre las vicuñas

—Si no es nociva; respondió Service, comamos, puesto que nada cuesta.

Y antes de que el americano pudiera impedirlo, Service se llevó á la boca dos ó tres de ellas.

¡Cuántas muecas hizo! Sus compañeros reían á carcajadas al verle escupir la abundante saliva que el ácido de aquella fruta le producía.

—¡Y tú, Gordon, que decías que esto se comía! exclamó Service, cuando pudo hablar.

—No he dicho tal cosa, repitió el americano. Si los indios hacen gran consumo de esta fruta, es para fabricar un licor que obtienen por la fermentación, y añado que dicho licor será para nosotros un precioso recurso cuando nuestra provisión de *brandy* se haya agotado; pero con la con-

dición de serparcos al servirnos de él, porque es una bebida que se sube fácilmente á la cabeza. Llevaremos un saquito de trucas, si ós parece, y haremos un ensayo en *French-den*.

—Si, sí, las llevaremos, repitieron todos á una.

Y se pusieron á cogerlas, sin calcular lo difícil de la operación, á causa de los millares de espinas que defienden á dicha fruta; pero Baxter y Webb facilitaron la recolección haciendo caer gran cantidad de ellas en el suelo, dando ligeros golpes en las ramas.

Más allá encontraron varios algarrobos, árbol muy común en las tierras próximas á la América del Sur. Las vainas de aquel vegetal dan también, por la fermentación, un licor muy fuerte. Esta vez

Service se abstuvo de probar nada, é hizo bien, porque aquella fruta azucarada produce en la boca una sequedad bastante penosa, no pudiéndose mascar impunemente sus semillas.

Otro descubrimiento de no menor importancia se verificó por la tarde, un cuarto de milla antes de llegar á *Auckland-hill*. El aspecto del bosque se había modificado bastante; con el aire y el calor los vegetales se desarrollaban de un modo portentoso, los árboles desplegaban sus ramas á sesenta ú ochenta pies de altura, cubiertos de nacientes hojas, y millares de pájaros de todos colores gorjeaban en ellas. Entre aquellos árboles se destacaba el haya antártica, que conserva en toda estación su tierno verdor, y un poco menos elevados, pero magníficos también, los *wintlers*, cuya corteza tiene el mismo sabor que la canela, cosa que agradó mucho á Service. Gordon reconoció también, entre todos aquellos vegetales, el *pernettia*, árbol de té, que crece hasta en las más altas latitudes, y cuyas aromáticas hojas ofrecen en infusión, una bebida muy saludable.

—He aquí una cosa que podrá reemplazar nuestra provisión de té, dijo Gordon. Cojamos algunos puñados de hojas, y más tarde haremos acopio para el invierno.

Eran las cuatro, poco más ó menos, cuando nuestros exploradores llegaron casi al extremo Norte de *Auckland-hill*. Por aquel sitio, aunque el acantilado pareciese menos alto que en los alrededores de la gruta, era imposible ascender á él, pues las rocas estaban en sentido perpendicular; mas poco importaba eso, puesto que no se trataba sino de seguir su base, dirigiéndose hacia el río *Zealand*.

Dos millas más allá oyeron el murmullo de un torrente que corría por un estrecho desfiladero, y que les fué fácil vadear.

—Este debe ser el río que descubrimos en nuestra primera expedición al lago, dijo Doniphan.

—¿El que tenía la calzada de piedras? preguntó Gordon.

—El mismo, contestó Doniphan, y por este motivo le llamamos *Dike-creek*.

—Pues bien, acampemos en su orilla derecha, repuso el americano. Son cerca de las cinco, y ya que tenemos que pasar todavía una noche al aire libre, más vale

que sea aquí, al abrigo de estos árboles. Mañana por la noche espero que dormiremos en nuestras camas.

Service se ocupó de la comida, para la que tenía en reserva la segunda avutarda: la asó y la sirvió á sus compañeros. ¡Asado, siempre asado! Pero hubiera sido una injusticia echárselo en cara á Service, que no tenía medios de variar la manera de guisar los alimentos.

Mientras tanto se comía, Gordon y Baxter se habían internado otra vez en el bosque, buscando aquél nuevos arbustos y plantas, y éste la ocasión de utilizar su lazo y sus bolas, aunque no fuese más que para poner término á las burlas de Doniphan. Ambos habían andado apenas un centenar de pasos en la espesura, cuando Gordon, llamando á Baxter con una seña, le enseñó un grupo de animales retozando en la hierba.

—¡Son cabras! dijo Baxter en voz baja.

—O á lo menos se les parecen mucho, respondió el americano; procuremos cogérlas...

—¿Vivas?

—Si, Baxter, vivas, repuso su compañero; es una felicidad que Doniphan no nos haya seguido, porque hubiera matado una, y las demás hubiesen huido. ¡Acercuémonos despacio, á fin de que no nos sientan llegar!

Aquellos graciosos animales no se habían asustado aún. Sin embargo, una de aquellas cabras, madre sin duda, olfateaba el aire, pronta á marcharse con su rebaño á la primera señal de alarma. De repente, se dejó oír una especie de silbido, y las bolas acababan de escaparse de las manos de Baxter, distante unos veinte pasos del grupo de animales. Diestra y vigorosamente lanzadas, se enredaron alrededor del cuello de una cabra, mientras que las demás desaparecían entre los árboles.

Gordon y Baxter corrieron hacia el ruminante, que procuraba desembararse de las bolas, y la ataron, imposibilitándole para huir; cogieron también dos cabritos, que el instinto había detenido al lado de su madre.

—¡Hurra! exclamó Baxter, embargado por la alegría. ¡Hurra! Pero, dime: ¿son cabras?

—No, respondió Gordon. Me parece más bien que son vicuñas.

—¿Y estos animales dan leche?

—¡Ya lo creo!

—Pues en ese caso, ¡vivan las vicuñas!

Gordon no se equivocaba. Las vicuñas se parecen á las cabras, sólo que sus patas son más largas, su pelo corto y fino como la seda, y su cabeza pequeña y desprovista de cuernos. Estos animales frecuentan principalmente las Pampas de América, y también los terrenos del estrecho de Magallanes.

Es fácil adivinar la acogida que sus compañeros harían á Baxter y al americano cuando volvieran al campamento, el uno tirando de la madre con las cuerdas de las bolas, y el otro con un cabrito debajo de cada brazo. Puesto que su madre les daba aún de mamar, era fácil criarlos sin demasiado trabajo, y ¡quién sabe si esto sería el núcleo de un futuro rebaño, muy conveniente para la colonia! Doniphan sintió mucho no haber podido tirar á alguna de aquellas piezas; pero tuvo que confesar que, para cogerlas vivas, las bolas valían más que las escopetas.

Comieron, ó más bien cenaron, alegremente. La vicuña, atada á un árbol, se puso á pacer, mientras sus pequeñuelos saltaban alrededor de ella.

La noche no fué tan tranquila como lo había sido en la llanura de *Sandy-desert*. Esta parte del bosque era visitada por animales más temibles que los chacales, y cuyos gritos participaban á la vez del aullido y del ladrido. A las tres de la mañana la alarma fué grande, porque esta vez eran verdaderos rugidos los que se oían.

Doniphan, de guardia al lado del fuego, con su escopeta en la mano, no había creído necesario todavía despertar á sus compañeros; pero aquellos rugidos se hicieron tan violentos, que Gordon y los demás se despertaron.

—¿Qué sucede? preguntó Wilcox.

—Debe de ser una manada de fieras que ronda por aquí, dijo Doniphan.

—Serán jaguares ó conguares, respondió el americano.

—Unos y otros se parecen mucho.

—No del todo, Doniphan; el conguar es menos peligroso que el jaguar. Pero cuando van en manadas, son carnívoros muy temibles.

—Estamos prontos á recibirlos, replicó Doniphan.

Y sin esperar respuesta, se puso á la defensiva, mientras sus compañeros se armaban con los revólvers.

—No tiréis hasta que estéis muy seguros de dar en el blanco, aunque creo que la hoguera impedirá que esos animales se acerquen aquí...

—¡No están lejos! exclamó Cross.

En efecto, cerca debían andar, á juzgar por la inquietud de *Phann*, á quien detenía su amo con mucho trabajo. Pero la oscuridad no permitía distinguir absolutamente nada en el interior del bosque.

Sin duda aquellas fieras tenían por costumbre venir á beber de noche en el arroyuelo, y encontrando el sitio ocupado, demostraban su desagrado por formidables ruidos. ¿Se contentarían con esto, ó sería preciso rechazar una agresión cuyas consecuencias podían ser funestas?

De repente, á unos veinte pasos, se divisaron bultos que se movían, y Doniphan disparó su arma, después de lo cual se oyeron rugidos más violentos. Los viajeros entonces, con los revólvers empuñados, estaban prontos á hacer fuego, si las fieras se precipitaban sobre el campamento.

Baxter cogió una rama encendida, y la lanzó vigorosamente del lado en que se veían ya unos ojos relucientes como carbones encendidos.

Un instante después, aquellos animales, uno de los cuales debió ser herido por Doniphan, abandonaron el sitio, perdiéndose en las profundidades del bosque.

—¡Ya se marcharon! exclamó Cross.

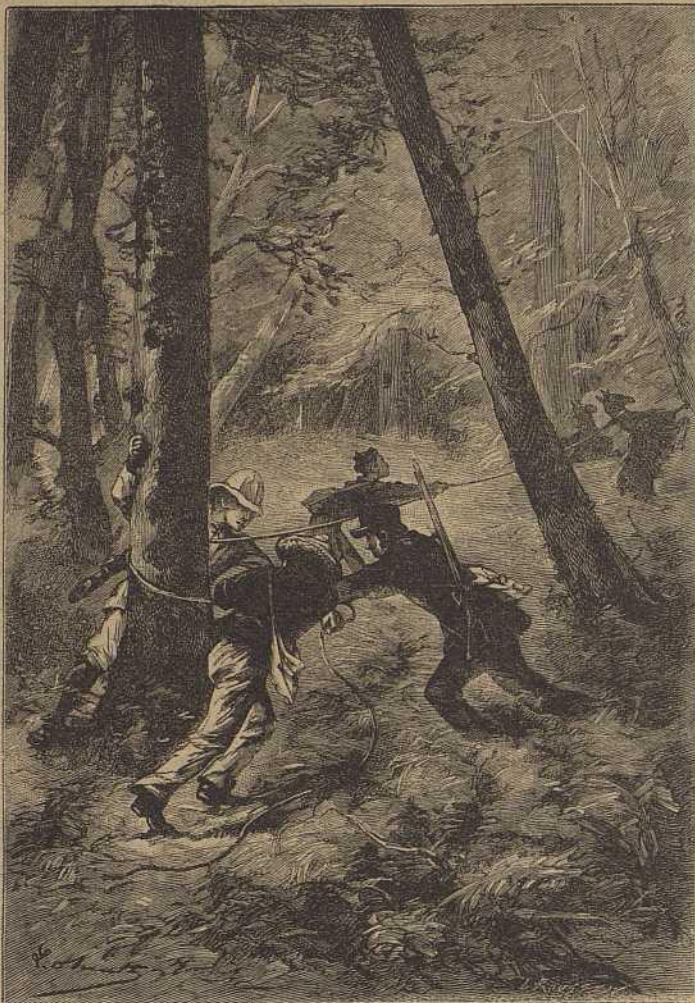
—¡Buen viaje! añadió Service.

—¿Y no pueden volver? preguntó Cross.

—No es probable, respondió Gordon; pero es prudente que velemos hasta que sea de día.

Pusieron más leña en la hoguera, cuya viva llama fué alimentada hasta las primeras luces del alba, á cuya hora levantaron el campamento y se internaron en la espesura para ver si alguna de aquellas fieras había muerto del tiro.

A unos veinte pasos el suelo estaba impregnado de sangre, y hubiera sido muy fácil encontrar á aquel animal, con la ayuda de *Phann*, si Gordon no hubiera juzgado inútil aventurarse en lo interior del bosque. Así es que no pudieron saber si aquellas fieras eran jaguares, conguares ú otros carnívoros no menos peligrosos;



El guanaco hubiera arrastrado á Baxter...

pero lo importante era que todos estuviesen sanos y salvos.

Puestos nuestros expedicionarios de nuevo en marcha á las seis de la mañana, no tenían tiempo que desperdiciar si querían recorrer en el día las nueve millas que á *Dike-creek* separaban de *Frenchden*.

Service y Webb se encargaron de llevar las pequeñas vicuñas, y la madre no se hizo de rogar para seguir á Baxter, que la llevaba atada.

El camino, al pie de *Auckland-hill*, era poco variado. A la izquierda se extendía, cual verde cortina formada por la frondosidad de los árboles, tan pronto apiñados hasta no ser fácil penetrar, como menos espesos y dejando algunos claros. A la derecha, una muralla perpendicular, cuya al-

tura crecía á medida que oblicuaba al Sur.

A las once almorzaron, y para no perder tiempo, comieron los fiambres que llevaban consigo, poniéndose en seguida en camino, andando con mucha rapidez, y parecía que nada vendría á retrasar su marcha, cuando á eso de las tres un tiro sonó debajo de los árboles.

Doniphan, Webb y Cross, acompañados por *Phann*, se encontraban á un centenar de pasos más adelante; sus compañeros no podían verlos ya, pero oyeron estos gritos:

—¡Alerta... compañeros, alerta!

Estas voces tenían por objeto avisar á Gordon, á Wilcox, á Baxter y á Service para que estuviesen con cuidado.

De repente un animal de gran talla apareció en la espesura.

Baxter, que acababa de enarbolar el lazo, lo lanzó, después de haberle dado vueltas por encima de su cabeza; y lo hizo con tanta destreza, que el nudo corredizo de la larga correa se arrolló al cuello del cuadrúpedo, que procuraba en vano desembarazarse de él; mas como era en extremo vigoroso, hubiera arrastrado á Baxter, si Gordon, Wilcox y Service no hubiesen cogido el otro extremo del lazo, que ataron al tronco de un corpulento árbol.

Casi en seguida, Webb y Cross salían del bosque, seguidos por Doniphan, que exclamó con tono de mal humor:

—¡Maldito animal!... ¡No sé cómo he errado el tiro!

—Baxter no ha errado, compañero, respondióle Service; y aquí le tenemos, vivo y muy vivo.

—¡Qué importa, si tendremos que matarlo! replicó Doniphan.

—¡Matarlo! repuso Gordon. ¡Matarlo, cuando tan á propósito nos viene para el tiro!

—¡Esto! exclamó Service.

—Es un guanaco, respondió Gordon, y estos animales se estiman mucho en las cuadras de la América del Sur.

Por útil que pudiera ser ese guanaco, Doniphan sintió mucho no haberle matado; pero se guardó muy bien de dar á conocer su pensamiento, y se acercó para examinar de cerca aquella hermosa muestra de la fauna chairmaniana.

Aunque la Historia natural clasifique al guanaco en la familia de los camellos, no se parece en nada al animal de este nombre, tan común en el Africa Septentrional. El guanaco, con su largo cuello, su fina cabeza, sus piernas largas y delgadas, señal de agilidad, y su piel aleonada con manchas blancas, no era inferior á los más hermosos caballos de raza americana. Seguramente que podrían emplearle en rápidas carreras, amansándolo primero y amaestrándolo después, como se hace, según dicen, en las granjas de la Pampas argentinas.

Además, este animal es bastante tímido, y cuando Baxter aflojó el nudo corre-

dizo, que casi la estrangulaba, no dió señales de querer escaparse, y fué fácil conducirlo atado con la cuerda del lazo, cual si fuese una brida.

Decididamente aquella excursión al Norte de *Family-Lake* iba á ser provechosa para la colonia. El guanaco, la vicuña y sus cachorritos, el descubrimiento del árbol de té, de las trulcas y del algarrobo, merecían que se hiciera una buena acogida á Gordon, y sobre todo á Baxter, que no teniendo nada de vanidoso, como Doniphan, no se enorgullecía por sus triunfos.

El americano estaba contentísimo viendo que el lazo y las bolas prestaban grandes servicios. Es verdad que Doniphan era un excelente tirador, con quien se podía contar; pero su destreza costaba siempre algunas cargas de pólvora y de plomo.

Gordon se propuso alentar á sus compañeros para que se amaestrasen en el ejercicio en que Baxter era ya profesor, y cuyo ejercicio utilizan los indios con mucha ventaja.

Según el mapa, quedaban aún cuatro millas que recorrer antes de llegar á *French-den*, y nuestros jóvenes se apresuraron para llegar antes del anochecer.

No le faltaban ganas á Service de montar sobre el guanaco con el fin de hacer su entrada triunfal en aquella magnífica montura; pero Gordon no quiso permitirlo, por no estar amansado aún, cual convenía para servirse de él.

—Supongo que cuando le domestiquemos no nos dará muchas coces, dijo; y en el caso, poco probable, de que no quisiera dejarse montar, será preciso, por lo menos, que tire del carro. ¡Paciencia, pues, Service, y no olvides la lección que recibiste del avestruz!

A las seis divisaron *French-den*.

El pequeño Costar, que jugaba en *Sport-terrace*, dió la noticia de la llegada de sus compañeros. Briant, seguido de los demás, aceleró el paso hasta unirse con los que esperaban, quienes con alegres ¡hurras! acogieron la vuelta de los exploradores, después de algunos días de ausencia.

ÍNDICE DEL SEGUNDO CUADERNO

	Páginas.
I.—Visita á la cueva.—Muebles y utensilios.—Las bolas y el lazo.—El reloj.—El cuaderno casi ilegible.—El mapa del náfrago.—En dónde se hallan.—Vuelta al campamento.—La orilla derecha del río.—La hondonada.—Las señales de Gordon.....	5
II.—Relato de la exploración.—Se deciden á dejar el <i>Sloughi</i> .—Descarga y rompimiento del yate.—Una borrasca que acaba con él.—Acampados debajo de la tienda.—Construcción de una balsa.—Carga y embarque.—Dos noches en el río.—Llegada á <i>French-den</i>	11
III.—Primeras disposiciones en el interior de <i>French-den</i> .—Descarga de la balsa.—Visita á la tumba del náfrago.—Gordon y Doniphan.—La hornilla de la cocina.—Caza de pelo y de pluma.—El nandú.—Proyectos de Service.—Se acerca el invierno.....	19
IV.—Ensanche de <i>French-den</i> .—Ruido sospechoso.—Desaparición de <i>Phann</i> .—Reparación de éste.—Apropiación y mudanza del <i>hall</i> .—Mal tiempo.—Nombres dados á las diversas partes del territorio.—La isla Chairmán.—El jefe de la colonia.....	27
V.—El programa de estudios.—Observancia del domingo.—Bolas de nieve.—Doniphan y Briant.—Grandes fríos.—La cuestión de combustible.—Expedición á <i>Traps-woods</i> .—Excursión á la <i>Bahía Sloughi</i> .—Focas y pingüinos.—Un castigo público.....	37
VI.—Últimos fríos.—El carro.—La primavera.—Service y su nandú.—Preparativos para una expedición al Norte.—Las madrigueras.—Fauna y flora.—Extremidad de <i>Family-Lake</i> .— <i>Sandy-Desert</i>	47
VII.—Camino que siguieron para la vuelta.—Excursión al Oeste.—Trulca y algarrobo.—Arbol de té.—El torrente de <i>Dike-creech</i> .—Vicüñas.—Noche intranquila.—Guanacos.—Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo.—Vuelta á <i>French-den</i>	54

